

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

a toda presión

clark carrados



SS

SERVICIO SECRETO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

CLARK CARRADOS

A TODA PRESIÓN

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.221

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

Depósito legal: B. 38.830-1973
ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: diciembre, 1973

© CLARK CARRADOS - 1973
texto

© DESILO - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.356. — La reina de Valle Alto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.204. — Secuestro de una chica guapa.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.054. — Torrefuerte.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717. — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TENAS:

813. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

606. — El asesino idiota.

CAPÍTULO PRIMERO

El coche rodaba velozmente por la recta carretera que atravesaba la zona desértica, en dirección a la barrera de colinas rojizas que cerraba el horizonte. Una vez, Kim Pevney se cruzó con un camión pesado de transporte, que subía renqueando una pequeña pero fuerte pendiente. En los costados del camión, fugazmente, pudo leer el nombre de una empresa, y el de la ciudad en que estaba ubicada: Marston Calder.

Precisamente a Marston Calder se dirigía Pevney. La capota del automóvil, bajada, permitía que el aire de la marcha refrescase un poco el ambiente a su alrededor. Pevney estaba seguro de que el termómetro, en aquellos parajes, no bajaba de 40° a la sombra.

Estaba a un par de kilómetros de las colinas cuando divisó una mancha de verdor que contrastaba con el rojo de las laderas peladas. Entre el verde, pudo ver algo de color blanco.

De pronto, un coche pasó por su izquierda, adelantándole. La maniobra resultó tan súbita, que Pevney no pudo evitar un respingo de sorpresa.

El otro coche marchaba casi a ciento cincuenta kilómetros por hora. Pevney le vio detenerse de pronto y quedar medio cruzado en la carretera.

Dos hombres se apearon. Uno le hizo señas de que se detuviera, ambos llevaban sombrero ancho, camisas amarillas, placas y pistola al cinto.

Pevney frenó. Un hombre grueso, con cuello de toro y ojos diminutos, se acercó a su automóvil.

—Hola —saludó—. Soy Botts, jefe de policía de Marston Calder. ¿Puede enseñarme su documentación?

Pevney miró de hito en hito al policía. Su compañero, más joven, permanecía expectante junto al coche oficial, con la mano cerca de la pistolera.

—¿He cometido algún delito, jefe Botts? —preguntó.

—No. Simple comprobación de personalidad. Rutina pura, ¿sabe? —dijo Botts, sonriendo. Enseñaba un diente negro, corroído

por la caries. Su aliento apestaba.

—Bueno, si eso le contenta...

Pevney sacó su billetera. El policía la examinó con rápida superficialidad.

—Su nombre me suena, aunque no recuerdo de qué en estos momentos —dijo, al devolverle los documentos.

—Soy historiador y escritor —declaró Pevney—. He publicado un par de libros de historia del país. También escribo cuentos cortos policiales, pero bajo seudónimo.

—Ah, ya. Puede que haya leído alguno de esos cuentos cortos. En cambio, los libros de historia no me agradan.

—Cuestión de gustos, jefe Botts. ¿Algo más?

—¿Va a Marston Calder?

—Sí.

El semblante de Botts se endureció bruscamente.

—El Lee Hotel es bueno —dijo con sequedad.

Giró sobre sus talones, y se encaminó hacia el coche.

Su compañero se sentó tras el volante. El vehículo arrancó de repente como un cohete.

Pevney sonrió bajo los lentes de color, que se había quitado momentáneamente para que Botts pudiera comparar sus facciones con las fotografías de los documentos personales. Pisó el acelerador de nuevo, y reemprendió la marcha.

Minutos más tarde, pasaba por delante de la casa blanca situada entre los árboles. Se sorprendió al ver un gran surtidor en el centro de la arboleda. Era una grata nota de frescura, en el árido paisaje circundante.

Le extrañó el rótulo que había a pocos pasos de la carretera, pendiente de un poste. Las letras estaban muy bien pintadas, pero el destino de la casa era sorprendente: «PHOEBE'S GAMBLING HOUSE.»

Había una mujer en el jardín, cuidando de unas flores. Era de mediana estatura, de pelo completamente negro y tez cálida, pero no oscura. Vestía enteramente de blanco, con el vestido sin mangas, muy corto y escotado. Sus piernas, apreció Pevney, eran perfectas.

Ella levantó la cabeza para verle pasar. A Pevney le pareció realmente hermosa, aunque ya debía de andar, se dijo, por los treinta años.

—Será Phoebe, la dueña de la casa de juego —se dijo, pensando en el rótulo que acababa de leer.

Trescientos metros más allá, se adentró en el paso, un hosco desfiladero, casi recto, con una curva poco pronunciada en el extremo. Sin embargo, la curva impedía ver la salida del desfiladero.

Entonces, repentinamente, fue cuando tronó el rifle y su bala perforó el cristal del parabrisas.

* * *

Pevney frenó y se agachó, ocultándose bajo el asiento, pero no hubo más disparos. Estuvo así unos momentos, temiendo una descarga que pusiera fin a su vida. Sin embargo, el silencio persistió, y se arriesgó a asomar la cabeza.

Miró el agujero abierto por la bala, en el lado superior izquierdo del parabrisas. Se le ocurrió examinar el coche, y halló un agujero en el asiento derecho, cerca del borde del respaldo.

Extendió les brazos, trazando una línea imaginaria que supliese a la trayectoria del proyectil. Habían disparado contra él desde lo alto y a su izquierda. La bala, estaba seguro, no había pasado a más de diez centímetros de la punta de su nariz.

De pronto, oyó un vivo taconeo a sus espaldas. Se volvió.

La joven morena que había visto momentos antes corría hacia él. Pevney se apeó.

Ella alcanzó el coche y vio enseguida el estrellado orificio en el parabrisas.

—Han disparado contra usted —exclamó.

—Sí, señora —confirmó Pevney—. A matar, por lo que parece.

Dio la vuelta al coche y puso el índice sobre el agujero en la tapicería.

—A matar —repitió.

Los grandes ojos de la joven le contemplaron con expresión de susto.

—¿Es usted algún enemigo de los Marston? —preguntó.

—¿Acaso los Marston tienen la costumbre de matar a todos sus enemigos?

Ella titubeó.

—No quieren enemigos —dijo—. Se los quitan de en medio. Y muchos les ayudan de buena gana.

—Es posible. Perdón, me llamo Pevney, Keane Pevney, aunque todo el mundo me dice Kim.

—Yo soy Phoebe Talmadge.

—La dueña de esa casa de juego.

—Sí, señor Pevney.

Pevney la miró de pies a cabeza. Veintiocho o veintinueve años, calculó mentalmente. Y un tipo sensacional.

—No parece muy concurrida —observó.

—A la noche se anima algo el ambiente. Sobre todo, los sábados.

—Diríase que el juego no está permitido en el casco urbano de Marston Calder.

—Así es. Por eso monté mi local aquí, en las afueras —de pronto, Phoebe alargó su mano—. Celebro que no le haya ocurrido nada, señor Pevney.

—Gracias, señora Talmadge.

—Soy soltera —puntualizó ella.

—¡Caramba! —se asombró Pevney.

Phoebe sonrió.

—El destino de una mujer no siempre es el matrimonio —dijo—. Cuando se posee cierto espíritu de independencia, se prefiere la soltería. Adiós.

—Adiós, señorita Talmadge.

Phoebe giró sobre sus talones y se alejó con paso largo y fácil. Su talle era esbelto, flexible, cimbreante, como a Pevney le gustaba en las mujeres.

Ella se perdió en la arboleda. Pevney volvió al coche.

El agujero apareció de nuevo ante sus ojos. La maldición que soltó en el acto brotó de sus labios de forma maquinal, aunque no por ello compuesta por palabras delicadas hacia el autor del disparo.

* * *

Al salir del desfiladero, vio Marston Calder en el centro del valle, de un verdor lujuriante, en comparación con el desierto, situado solo a pocos kilómetros de distancia. Pero Marston Calder le

deparaba algunas otras sorpresas.

Pevney había esperado ver una ciudad sucia y polvorienta, con edificios desconchados y haraganes en los porches, sacando astillas con sus navajas de cualquier trozo de madera. Nada de eso encontró.

Calles rectas, amplias, cuadriculadas, con abundante césped en la mayoría de trozos libres, numerosos árboles, gentes limpias y activas, y fachadas que parecían recién pintadas. «Una ciudad en pleno progreso, a pesar de hallarse en el sur», pensó.

Lo que no vio fue gentes de color. Extraño, se dijo.

En cambio, sí vio algo que llamó extraordinariamente su atención: el monumento a un general, en el centro de una plaza muy bien cuidada.

La estatua era ecuestre, y el hombre situado sobre el caballo, con uniforme de general sudista, naturalmente, mantenía enhiesto su sable, en actitud de guiar a la batalla a sus aguerridos soldados. El pedestal, de mármol purísimo, estaba situado sobre un basamento de granito de cuatro metros de largo por dos y medio de anchura y veinte centímetros de altura. Era un monumento clásico, que daba al lugar cierto aire de ciudad europea. Pevney había estado en Europa y visto decenas de monumentos parecidos, aunque el de Marston Calder, era preciso reconocerlo, no carecía de gusto artístico.

Siguió adelante. Antes de cruzar la plaza por completo vio el rótulo del Lee Hotel. Recordando que le había sido aconsejado por el jefe Botts, paró el coche en un espacio libre y se apeó.

Entró en el hotel. La recepción estaba desierta. Pevney golpeó el timbre de percusión. A los pocos momentos hizo su aparición una hermosa muchacha de pelo corto y claro y ojos grises.

—Hola —dijo el viajero—. ¿Puede darme una habitación, señorita?

—Por supuesto, señor Pevney —respondió la chica—. Ya la tiene reservada; es la habitación número once, en el primer piso.

El viajero se quedó parado.

—Usted conoce mi nombre, señorita —dijo—. Y parece como si me estuviese esperando.

—Cierto, le esperábamos —corroboró ella.

CAPÍTULO II

Pevney escribió su nombre en el libro registro. La chica lo cerró.

—Me llamo Edna Gilligan —se presentó—. Soy la gerente del hotel.

—Ya entiendo —sonrió el viajero—. Oiga, seguro que fue el jefe Botts quien le dijo:

—¿El jefe de policía? Oh, no, ni siquiera le he visto —exclamó Edna—. Usted mismo avisó por teléfono esta mañana.

Pevney abrió la boca.

—Que yo...

—Sí, señor; yo misma tomé el recado. No irá a negar ahora que no fue usted el que habló conmigo para confirmar la reserva de habitación.

Pevney se pasó una mano por la cara.

—Dejemos esto, señorita...

—Todo el mundo me llama Edna. Usted también debe hacerlo —sonrió ella.

—Muy bien, Edna, muchas gracias. Si no le importa, iré por mi equipaje. Quisiera tomar una ducha; creo que llevo encima todo el polvo del desierto.

Ella rio alegremente. Su risa era clara, como el agua de un arroyo de montaña.

—Suba arriba —indicó—. Magnus, el empleado, le llevará el equipaje.

—Gracias, Edna.

Pevney permaneció durante largo rato, dejando correr el agua fresca por su cuerpo. Luego salió de la ducha, envuelto parcialmente en una toalla de baño y, calzado con unas simples zapatillas, se acercó a una mesita, donde había dejado los cigarrillos.

Encendió uno. A través de la ventana podía ver la efigie del general Marston, el héroe local y nieto del pionero fundador de la ciudad. Un hombre valiente, audaz, emprendedor, terror de los nordistas y adorado por sus soldados, que le habían seguido siempre

sin titubear a todas partes.

El general era el orgullo de la ciudad. Lo había sido en vida y lo seguía siendo ahora, incluso después de muerto.

Al cabo de un rato dejó el cigarrillo consumido sobre el cenicero. Era hora de vestirse. El sol era una bola roja, a punto de desaparecer en el horizonte.

Entonces fue cuando vio la nota escrita, prendida con un alfiler sobre la almohada:

«Conocemos los motivos de su viaje a Marston Calder. Su presencia aquí es indeseada. Lárguese o sufrirá graves perjuicios».

Pevney sonrió.

—Ejemplar típico de un anónimo amenazador —comentó para sí.

* * *

Consultó en el fondo de su memoria, y asintió mentalmente. Sí, aquella era la dirección. Pero le extrañó ver la casa sin luces.

No obstante, llamó a la puerta, situada bajo una pequeña marquesina.

Nadie le contestó. Le parecía extraño que Ben Hall no se encontrara en su casa a tales horas. Volvería al día siguiente, se propuso.

Cruzó el pequeño jardín en sentido inverso. Un hombre de uniforme estaba parado negligentemente junto a su coche oficial.

—Hola —sonrió el policía—. ¿Busca al señor Hall?

—Eso —dijo Pevney escuetamente.

—Lo siento. Está de viaje.

—¿Fuera de Marston Calder?

—Sí.

—¿Adónde se fue?

El policía se encogió de hombros.

—Dijo que se iba —respondió lacónicamente.

—Y, por supuesto, no anunció la fecha de su regreso.

—No.

—Bien, esperaré su vuelta. No tengo prisa.

Pevney se dispuso a regresar al hotel. Había ido a pie; la distancia no era grande, y creía bueno estirar las piernas.

—Por cierto —dijo amablemente—, todavía no sé su nombre.

—Anders, Tom Anders —contestó el policía.

Pevney escrutó su rostro a la luz de un farol cercano. Eran las facciones de un hombre joven, pero duras, casi graníticas. No había benevolencia en su mirada.

—Por cierto, Anders, ¿quién le paga a usted el sueldo? —preguntó, de sopetón.

El policía respingó.

—El municipio, claro —contestó—. ¿Quién diablos ha a pagármelo?

Pevney emitió una ancha sonrisa.

—Eso confirma mi equivocación —dijo—. Adiós, agente Anders.

Echó a andar, con las manos en los bolsillos, silbando alegremente. Anders, desconcertado, titubeó un momento y acabó por meter la cabeza en el auto para usar el radioteléfono.

Habló con alguien. Relató la conversación sostenida con el forastero.

—Pero no lo entiendo muy bien —dijo al terminar—. Me preguntó quién me pagaba el sueldo, y yo le contesté que el municipio. Entonces, él reconoció su error y se marchó. Jefe, ¿qué diablos quiere decir eso?

—Quiere decir que eres un idiota completo —barbotó Botts, un segundo antes de cortar la comunicación.

Poco más tarde, Pevney llegaba al hotel. Estaba ya al pie de la escalera, cuando oyó tras él la voz de Edna:

—Señor Pevney.

El viajero se volvió.

—Hola, Edna —sonrió.

—Hay una carta para usted —anunció la chica.

—¡Caramba! Sí que han sabido pronto que estoy aquí. ¿Quién la ha traído, Edna?

—No lo sé. Estaba tirada en el centro del vestíbulo, a pocos pasos de la puerta. La recogí por curiosidad, creyendo que sería un papel abandonado, pero resultó ser una carta para usted.

—No lleva sello. Es una competencia desleal para el servicio de

Correos —comentó él jovialmente—. Por cierto, Edna, ¿sabe usted adonde se ha ido Ben Hall?

—¿Cómo? ¿Se ha marchado el señor Hall? —dijo la chica, vivamente sorprendida.

—Sí, al menos, eso es lo que me ha dicho el policía Anders.

—Es curioso —murmuró Edna—. Hoy, a las tres de la tarde, vi yo misma al señor Hall, y no me dijo que tuviese intenciones de marcharse de la ciudad. Es un hombre muy amable; creo que me habría dicho algo.

—Su esposa...

—Era viudo desde hacía dos años. Vivía solo en su casa, poco menos que encerrado con sus libracos. Pero eso no significaba que, de vez en cuando, no le gustase hablar con la gente. No entiendo por qué ha tenido que dejar Marston Calder.

—Algún asunto urgente, sin duda —sonrió el viajero—. Otra cosa, Edna.

—Sí, señor.

—Usted es una chica moderna y comprensiva. ¿Qué me dice usted de las distracciones que se pueden encontrar en Phoebe's Gambling House?

Edna se echó a reír de repente.

—¿Por qué se ríe usted? —preguntó Pevney, vivamente sorprendido.

—El título del local es ese, pero otros le llaman la Espina de la Vieja.

—No entiendo... —dijo el forastero, desconcertado.

—Claro, usted no vive aquí... Phoebe Talmadge es la biznieta de Phoebe Marston, la anciana que se cree todavía dueña y señora de la ciudad, como si estuviéramos en los tiempos feudales. Ella querría cerrar el local, e incluso lo intentó en una ocasión, pero su biznieta le abanicó la cara con un montón de leyes, y tuvo que tragar alquitrán. Son expresiones que se usan aquí; usted comprenderá, ¿no, señor Pevney?

—Perfectamente. De modo que Phoebe Talmadge es la biznieta...

El teléfono sonó en el interior de la casa.

—Si le gusta el juego, puede ir —dijo Edna presurosamente—. Dispense, me llaman.

Pevney subió a su habitación, dándose aire pensativamente con la carta que alguien había dejado de forma tan misteriosa. «Otro anónimo», pensó.

Había muchas cosas raras en Marston Calder. Sí, aquel pueblo parecía una caldera, pero en plena ebullición, aunque la tapadera contenía fácilmente el vapor. Pero si un día la presión se hacía excesiva...

Abrió el sobre. Dentro había unas líneas escritas:

«Vaya a la noche, cuando nadie le vea, a casa de Ben Hall. Busque en su biblioteca, segunda estantería, entrando por la puerta, tercera hilera de libros, en el forro del *Paraíso perdido*, de Milton».

Era otro anónimo, no cabía duda, pero esta vez, en lugar de una amenaza, contenía una indicación sumamente valiosa.

Pevney sonrió.

Encendió un cigarrillo y se tendió sobre la cama. Al poco rato apagó la luz.

Pero no dormía.

Simplemente, esperaba.

El silencio reinaba en la ciudad. Pevney consumió varios cigarrillos más.

De pronto se oyeron unas voces lejanas.

Un grito llegó nítidamente a sus oídos:

—¡Fuego, fuego!

Pevney se sentó en la cama. Segundos después, oyó el ulular de una sirena.

Saltó del lecho y corrió hacia la ventana. Un coche de bomberos desfiló velozmente por debajo de su observatorio.

Algunas personas salían a la puerta de sus casas. Hacia el sur, se divisaba un rojizo resplandor.

Pevney tenía la ventana abierta. Oyó claramente algunos comentarios, pero, sobre todo, uno altamente revelador:

—El fuego es en la casa de Ben Hall.

Pevney apretó las mandíbulas hasta que sintió crujir sus dientes de rabia. Era inútil ir a la biblioteca de Hall.

—Algunas personas tienen verdadera fobia a la literatura —

comentó amargamente.

Por la mañana, durante el desayuno en un restaurante cercano, oyó otro comentario todavía más estremecedor:

—El pobre Ben... Debió quedarse dormido con el cigarrillo encendido... Ahora solo quedan de él unos pocos huesos, su anillo de boda y el reloj de pulsera.

CAPÍTULO III

El hombre estaba sentado en uno de los bancos de la glorieta, echándole miguitas de pan a los peces del estanque, alimentado por el surtidor. Phoebe Talmadge lo vio desde la ventana de su dormitorio y, sorprendida, se cambió de ropa con rapidez, intrigada por la presencia del forastero, a una hora relativamente temprana.

Momentos más tarde estaba en el jardín.

—Hola —saludó un tanto envaradamente.

—¿Qué tal? —sonrió Pevney—. Espero no haberla hecho levantarse demasiado pronto, señorita Talmadge.

—No, claro. Pero, ¿qué hace aquí? —preguntó ella, intrigada.

—¿Le molesta que eche miguitas de pan a los peces? Guardé un par de rebanadas de las del desayuno... Por favor, no esté en pie; me siento incómodo.

Ella se sentó en la otra punta del banco, de trazado curvo.

—Usted no ha venido aquí solamente a alimentar a los peces —dijo.

—Tiene usted razón, señorita. ¿O puedo llamarla Phoebe, como, supongo, harán sus amigos y clientes? A mí me puede llamar Kim, me gusta.

—Está bien. Hable de una vez, Kim.

—Anoche me enteré de algo interesante, Phoebe. Alguien me dijo que usted es la biznieta de Phoebe Marston.

—Sí, es cierto.

—Ella vive aún, creo.

—Es indestructible. Tiene noventa años, pero se conserva de un modo increíblemente vital.

—Mujer afortunada —comentó Pevney—. Sospecho que usted no se relaciona con ella.

—Para nada. Oiga, soy su biznieta, pero ya es un parentesco bastante alejado. Casi la odio.

—Por el tono con que lo dice, podría estimarse que sobra el casi. ¿De quién es hija usted?

—De Lana Davies, hija de Ralph Davies, hijo de Minerva

Marston, hija de Phoebe. Minerva se casó con Ralph a disgusto de su madre, mi bisabuela.

—¿Y su madre?

—No se casó. Yo uso su segundo apellido, es decir, el apellido de soltera de mi abuela materna.

—Entiendo. A Phoebe Primera debe saberle a cuerno quemado tener una nieta habida de una unión no legal.

—Imagínese. Yo no me siento demasiado feliz con mi situación, pero no puedo evitarlo tampoco.

—Uno es responsable solamente de sus propios actos y no de los actos de los demás, a menos que los provoque de algún modo —dijo Pevney sentenciosamente—. ¿Por qué estableció aquí la Gambling House?

—Es un buen sitio. Las tierras pertenecían a mi madre, y ella me las cedió legalmente. Además, había agua, que es lo importante, y yo hice que unos expertos aumentasen el caudal con sus equipos de perforación. Por lo demás, yo sabía que, dentro de los límites de la ciudad, no conseguiría nunca el permiso para mi local de juego.

—Su bisabuela sigue mandando en Marston Calder, ¿eh?

—Quizá sí, quizá no —contestó Phoebe ambiguamente.

—Trató de echarla de aquí, creo.

Phoebe soltó una risita.

—Tuvo que tragar alquitrán —contestó—. Ni toda la fuerza del jefe Botts pudo echarme de unos terrenos que eran legalmente míos. Las leyes del estado de Texas me permiten este negocio. Tuvo que resignarse.

—Y todo el mundo, en Marston Calder, sabe que es usted la biznieta de Phoebe Primera.

—Sí. Aunque mi madre se marchó de aquí cuando noto los primeros síntomas de embarazo, volvió poco después conmigo. Y se quedó, pese a todas las presiones. Era también una rebelde. Descubrió la verdadera catadura del que iba a ser su marido, y rompió las relaciones, aun sabiendo que iba a tener un hijo.

—Una actitud valiente.

—Ser valiente con los borregos, es fácil —contestó Phoebe despectivamente.

—¿Vive su padre?

—Sí. Casado y con tres hijos.

—Hermanos suyos, Phoebe.

—Adoro a los animales, especialmente a los corderos, pero no los considero mis hermanos,

—Es usted vitriólica —sonrió él.

—Digo la verdad, Kim.

—Ya veo. Una pregunta, Phoebe. ¿No tiene usted miedo de que un día le roben o algo por el estilo?

—No. Sé manejar bien las armas. Por otra parte, tengo un par de empleados fieles y bien pagados. Ellos contienen a los levantiscos. Son expertos en la materia. Han estado en Las Vegas, como yo.

—No lo sabía —dijo Pevney.

—¿Dónde se cree que aprendí a jugar? —rio ella—. Estuve allí siete años. Empecé de camarera y acabé en una mesa de juego. Luego vine a establecerme aquí. Esto se anima mucho los sábados, y también los viernes. Viene gente hasta de cien y doscientas millas de distancia. Ofrezco juego y buenas bebidas, esto con moderación. Pero no tengo chicas; no quiero jaleos Aquí, el cliente viene a jugar y a tomarse un par de tragos. Si quiere chicas y más alcohol, hay varios lugares en Marston Calder donde puede solazarse a sus anchas.

—Una explicación perfecta, Phoebe. ¿Conoce la noticia de la muerte de Ben Hall?

—Me lo dijeron esta mañana. Se quedó dormido fumando un cigarrillo y...

—Una explicación muy convincente para la mayoría, salvo que: Primero, Ben no fumaba. Segundo, no estaba en la casa ayer por la tarde, a las nueve de la noche.

Los negros ojos de Phoebe dirigieron una larga mirada al forastero.

—¿Asesinato? —dijo a media voz.

—Sí.

Pevney se puso en pie.

—Ha sido una conversación muy instructiva. Gracias, Phoebe —dijo.

—Después de haber hablado con usted, me siento con mejor humor —sonrió ella—. Soy yo quien debe darle las gracias, Kim.

—Lo celebro infinito. Bien, supongo que ahora Tom Anders correrá con la noticia a su jefe.

—¿Cómo?

—Ese tipo no me deja dar un paso a solas —sonrió Pevney—. Él fue, precisamente, quien me dio la noticia de la ausencia de Hall.

—Es un sujeto repulsivo. Tenga cuidado. Disfruta torturando a los pobres ladronzuelos que caen en sus manos.

—Yo no soy manco, Phoebe. Ah, por favor, una última pregunta.

—Diga, Kim.

—¿Qué opina usted del general Marston?

Los ojos de la joven chispearon.

—Es el mayor *bluff* histórico que nadie pueda imaginarse —contestó—. Una completa sarta de mentiras, Kim.

—Algo de eso me imaginaba, Phoebe. Buenos días.

* * *

El coche se detuvo ante el taller de reparaciones, cuyo propietario, según figuraba en el rótulo del dintel de la puerta, se llamaba Lou Budder. Pevney se apeó y esperó unos instantes.

Budder salió más tarde, limpiándose las manos con una bola de borra.

—Hola —dijo.

—Necesito cambiar el parabrisas. ¿Podrá hacérmelo? —consultó el forastero.

—Sí, no hay inconveniente. Pero tardaré un par de días.

—Bueno, si lo necesitase, alquilaría un auto. Ah, señor Budder...

El hombre le miró con interés.

—Diga, señor Pevney —contestó.

—Parece que soy muy conocido en Marston Calder —sonrió el forastero—. ¿Hay otros talleres en la ciudad?

—Sí, el de Kent Mac Coutnand. Está en la Calle Sexta, número doce.

—Gracias. Oiga, usted tal vez podrá decirme si Ben Hall tenía automóvil...

La expresión de Budder cambió súbitamente.

—Entre usted y yo no puede haber otra conversación que la relativa a su automóvil y a las averías que pueda sufrir —contestó secamente.

Pevney contempló un momento al mecánico.

Budder no le miraba a él; tenía la vista fija en otro sitio.

Pevney volvió la cabeza. Encontró muy natural ver a Anders, en su coche, parado al otro lado de la calle.

—Gracias, señor Budder —se despidió.

Caminó a pie. Hacía mucho calor, pero la abundancia de vegetación refrescaba notablemente la atmósfera. El valle era muy fértil; había agua, y ello cambiaba por completo el panorama.

Pero en la ciudad, a pesar de su modernismo exterior, seguía latiendo un ambiente cerril, hosco, nada acogedor.

«Al menos, para el forastero que viene a meter las narices donde no le importa», pensó Pevney.

Entró en el hotel. Edna estaba tras el mostrador, revisando unas facturas.

—¿Puedo hablarle? —preguntó.

—Naturalmente —contestó ella, con encantadora sonrisa—. No me como a nadie. Aunque algunos bestias dicen que me comerían de muy buena gana.

—Su humor es envidiable, Edna. Sobre todo, en una ciudad donde nadie parece tener buen humor.

Edna hizo una mueca.

—Son así, no les haga caso —respondió.

—¿Está usted contenta de vivir en Marston Calder?

—El empleo es bueno y no da demasiado trabajo. ¿Por qué lo dice, señor Pevney?

—Llámeme Kim, suena mejor —sonrió él—. Mera curiosidad, Edna —añadió.

—Sí, comprendo. No me quejo, aunque a veces pienso que el empleo resulta un poco aburrido.

—¿Le gustaría cambiar de vida?

—Depende de muchos factores. Por ahora, repito, me encuentro a gusto.

—¿Es sincera, Edna?

Hubo un momento de silencio.

La chica dejó de sonreír.

—Odio a alguien en este pueblo —dijo—. Me gustaría saber manejar la dinamita, créame.

—¿A quién le pondría un paquete de cartuchos, Edna?

—A la estatua del general —fue la sorprendente respuesta de la

muchacha.

CAPÍTULO IV

Tendido en la cama, Pevney meditaba en la oscuridad.

Su cigarrillo era una brasa en las tinieblas, que se avivaba periódicamente, cuando aspiraba el humo.

Hall había muerto. Alguien le había dejado un mensaje.

¿El propio Hall?

¿Algún amigo de confianza?

De pronto sonaron pasos débiles en el corredor.

Alguien se detuvo ante la puerta. Descalzo, en silencio, Pevney abandonó el lecho.

Aguzó el oído. El intruso trataba de abrir la puerta, seguramente con una ganzúa.

Esperó. La puerta se abrió centímetro a centímetro.

La habitación era espaciosa y la cama se hallaba muy a la izquierda de la entrada, precisamente en sentido contrario hacia donde giraba la puerta. Por tanto, el intruso no podía ver si la cama estaba o no ocupada, con solo mirar desde una rendija.

Tenía que entrar y dar un par de pasos. Pevney supo especular con la situación. Contuvo el aliento y aguardó, oculto tras la puerta.

El intruso avanzó otros dos pasos más. La excelente temperatura del ambiente permitía que Pevney durmiese con la ventana abierta de par en par.

De repente, saltó sobre el intruso, al que agarró por el cuello de la camisa y los fondillos de los pantalones. El sujeto, sorprendido, intentó una resistencia harto tardía.

Ya no pudo hacer nada, sino dejarse llevar hacia la ventana con indescriptible velocidad. Pevney tomó el último impulso y un cuerpo humano pasó catapultado a través del hueco.

Se oyó un grito y un sordo «plaf». El grito se repitió.

Pevney sonrió.

—Tienes suerte de que haya césped delante de la fachada del hotel —murmuró para sí.

Precavidamente, miró a través de la ventana, situado a un lado, para no ser visto desde abajo. El intruso se alejaba renqueando, con

una mano en el costado derecho.

Atravesó la plaza. De pronto, alguien surgió del otro lado del pedestal de la estatua.

La distancia era grande, y Pevney no pudo ver el rostro del nuevo personaje, aunque sí su gesto. Tras hablar unos segundos con el frustrado invasor, alzó la mano y le asestó una terrible bofetada.

Luego giró sobre sus talones, mientras el intruso sufría la segunda caída de la noche. Riendo silenciosamente, Pevney cerró la puerta con doble vuelta de llave, y se metió en la cama.

Por la mañana se encontró con Edna.

—¿Hubo jaleo anoche? —preguntó Pevney, después de los correspondientes saludos

—¿Por qué lo dice, Kim?

—Me pareció oír ruido y gritos...

—Por fortuna, tengo un sueño de plomo —sonrió la chica—. Pero no faltan, a veces, algunos alborotadores. Beben una copa de más y luego no pueden reprimirse.

—Sí, dicen que el alcohol libera las inhibiciones —sonrió él—. Edna, usted es una muchacha de hoy, libre y con un mínimo de prejuicios.

—Gracias, pero yo diría que soy más bien conservadora —exclamó ella jovialmente—. ¿De qué se trata, Kim?

—De Phoebe Talmadge. Me contó su historia a grandes rasgos.

—Seguro que no le mintió. Suele ser sincera.

—Gracias, Edna. ¿Conoce usted a su padre?

—Sí, y también a sus tres hermanastros, tres perfectos idiotas. No son gente simpática, Kim.

—Entiendo. ¿Cómo se llama el padre?

—Harding, Albert Harding.

—Edna, una vez más, gracias. Ah, tengo entendido que Marston Calder tiene biblioteca pública.

—Sí, está al otro lado de la plaza. Vaya y hable con la señorita Jamison; es la bibliotecaria, y le atenderá con mucho gusto.

—Eso es lo que haré ahora mismo —aseguró el forastero.

Echó a andar. Mientras cruzaba la plaza, contempló los dos grandes cañones de a doce libras, reliquias de la guerra de Secesión. Muy bonitos, decorativos y bien cuidados, con todos los metales relucientes, la pintura en perfecto estado y dando la sensación de

que pedían ser utilizados en cualquier momento.

Los cañones estaban a ambos lados de la estatua. Al otro lado, a sesenta pasos, se hallaba la Biblioteca Pública de Marston Calder.

* * *

Estuvo cosa de una hora, consultando diversos libros. Luego abandonó el edificio y se dirigió a la Calle Sexta.

Minutos más tarde se hallaba en la puerta del taller de reparaciones de Kent Mac Coutnand. El dueño acudió a los pocos minutos, llamado por un operario.

—Soy Pevney —se presentó el forastero—. Desearía hacerle una pregunta, señor Mac Coutnand.

—Bueno, si estoy en condiciones de darle la respuesta...

—Creo que sí. ¿Dónde está el automóvil de Ben Hall?

Hubo un momento de silencio.

—Hall no era cliente de mi taller —dijo Mac Coutnand al cabo.

—Entiendo. Gracias. Adiós.

Pevney giró sobre sus talones y se alejó. De pronto vio a poca distancia un coche de la policía.

Anders estaba en su interior. Sonriendo, Pevney se acercó a él y se inclinó:

—He ido a ver a Mac Coutnand para preguntarle por el automóvil de Hall. Me ha dicho que Hall no fue nunca cliente suyo. No hemos hablado más. Hasta la vista.

Se irguió y continuó su camino. Anders, con la boca abierta por la sorpresa, no tuvo tiempo de reaccionar.

Hacía bastante calor. Tenía sed, y entro en un bar que le salió al paso. Sentóse en un alto taburete y pidió una jarra de cerveza.

Había dos o tres clientes en el local, ninguno de los cuales le prestó la menor atención. Pevney no tenía prisa, por lo que se dedicó a saborear la cerveza a pequeños sorbos.

Un hombre entró y se sentó a su lado. Pevney no le concedió la menor atención, aunque pudo ver que era de mediana estatura y aspecto más bien insignificante.

El sujeto pidió una taza de café, que le fue servida en el acto. Luego tomó la taza con las dos manos y se la llevó a los labios.

De pronto, con voz apenas audible, dijo:

—Señor Pevney, yo era amigo del pobre Ben. Vaya a verme esta noche a mi granero. Está en las afueras de la ciudad, hacia el oeste. Es una construcción solitaria, la más alejada de todas. Me llamo Russ Crown. Eso es todo.

Pevney pudo contener a duras penas la sorpresa que había sentido al escuchar aquellas palabras. Sacó un cigarrillo y se lo puso entre los dientes, pero antes del encenderlo, pronunció una sola palabra:

—Enterado.

* * *

El coche de Anders no era visible desde la ventana de su cuarto, pero Pevney no se fiaba.

La luna brillaba, radiante, en el cielo. Pevney salió del hotel. A los pocos momentos oyó un ligero rumor tras él.

Volvió la cabeza un instante. Sí, allí estaba el inevitable coche de Anders, siguiendo lentamente su marcha, en sentido paralelo al bordillo de la acera.

Anders le seguía a unos treinta pasos de distancia, con las luces apagadas, excepto las de situación. Pevney abrió la mano izquierda y dejó caer algo a la calzada.

Segundos más tarde oyó unos ruidos raros. Siguió andando, sin volver la cabeza. Anders estaba ahora fuera del coche, contemplando con desesperación las dos ruedas del lado derecho, completamente vacías de aire.

El policía miró hacia el hombre a quien le habían encargado vigilar. En aquellos momentos, Pevney doblaba una esquina en dirección sur.

Anders dejó el automóvil y corrió hacia la calle en la que había visto desaparecer a Pevney. Cuando llegó a la entrada, supo que su esfuerzo había resultado baldío.

La calle aparecía desierta por completo. Había otra, transversal, a menos de cien pasos de distancia, pero ello significaba que Pevney podía haber tomado una cualquiera de las dos direcciones.

No obstante, corrió hacia la otra calle y miró a derecha e izquierda. Amargamente, comprendió que había sido burlado, y que no podía hacer ya nada para remediarlo.

Lo peor de todo no era que Pevney estuviera riéndose de él en aquellos momentos, sino la bronca que le esperaba, cuando informase de lo sucedido.

Mientras, Pevney caminaba a buen paso en dirección al lugar de la cita. Despistado su vigilante, a quien había engañado primeramente simulando ir en otra dirección, ya no sentía temor alguno por entrevistarse con Russ Crown.

Marston Calder era más grande de lo que parecía. Vagamente, entrevió una casa sobre una colina de poca altura, en las afueras y hacia el norte. Un cuarto de hora más tarde, avistó el granero de Crown.

Caminó por fuera de la carretera, a fin de evitar ser visto, confundiéndose con las sombras de los árboles y los arbustos. Momentos más tarde llegaba al granero.

La puerta grande estaba cerrada, pero había una pequeña lateral, entreabierta. Pevney asomó la cabeza.

El granero estaba a oscuras.

—Russ —llamó.

—¿Pevney? —sonó una voz lacia.

—Sí. ¿Dónde está usted, Russ?

—Entre... y camine un poco a su derecha. No encienda la luz... no conviene que lo vean.

—Aquí no hay nadie, Russ. He despistado a Anders...

—Tienen otros espías... muchos espías...

Crown tosió de pronto.

—Russ, ¿qué le pasa? —exclamó Pevney, súbitamente alarmado.

—Son muy fuertes... Tenga cuidado; ellos mataron también a su amigo Walt Wareton. Mataron a Ben... y...

Arriesgándose a todo, Pevney encendió un fósforo.

Crown estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una bala de paja. Tenía la mano izquierda sobre el pecho y, entre los dedos, fluía la sangre.

—¡Russ! —exclamó—. Iré a llamar a un médico...

—Ya... ya no hay tiempo... Escuche... Vaya a Placid Bend...

Crown se interrumpió para toser. Más sangre apareció ahora entre sus labios.

—Recuerde... —dijo, cuando pudo hablar de nuevo—, Placid Bend...

—Sí, Russ, pero, dígame, ¿quién le ha herido?

Crown sonrió.

—¿He...rir? Me... ha matado... —contestó. Y, de pronto, resbaló a un lado, se agitó un par de veces y luego se quedó quieto.

CAPÍTULO V

Alguien llamó con fuerza a la puerta de la habitación. Pevney, a medio vestir, gritó:

—¿Quién es?

—Botts, el jefe de policía. Abra, Pevney.

Tranquilamente, el forastero terminó de abotonarse la camisa. Luego se acercó a la puerta e hizo girar la llave.

—Tengo que hablar con usted, Pevney —dijo Botts, tras el cual se hallaba el pétreo Anders.

—Señor Pevney, si no le importa —corrigió el forastero, con frialdad.

Una vena se puso a latir furiosamente en la sien izquierda de Botts.

—Bien, señor Pevney, como lo prefiera —rezongó—. ¿Adónde fue usted anoche, pasadas las once?

—¿Yo? Lo siento, después de cenar, vine a mi habitación, agarré un libro y me puse a leer. A la una, más o menos, apagué la luz y he estado durmiendo hasta ahora.

—¡Miente!

—Jefe, su cargo no le da derecho a insultar a la gente —exclamó Pevney, simulando una cólera que, en el fondo, no dejaba de sentir en cierto modo.

—Usted salió a las once de la noche, unos minutos después...

—¿Quién le ha contado esa historia, jefe Botts?

—¡Yo! —barbotó Anders—. Le vi perfectamente, cuando salía del hotel...

—¿Y quién corrobora su historia? ¿Tiene otro testigo que pueda declarar lo mismo?

Anders se quedó cortado.

—Maldita sea, usted salió anoche a las once y seis minutos... —barbotó.

—Miente. No me moví de mi habitación.

—Jefe, le digo que este tipo salió...

—No me llame tipo, Anders —rugió el joven.

—Pero, jefe, ¿es que nos vamos a dejar avasallar?

Botts parecía un tanto desconcertado ante la energía que mostraba el forastero. Estaba persuadido de que su subordinado decía la verdad, pero ¿cómo probarlo?

—Estuve en mi habitación desde las diez y cuarto —insistió Pevney—. No puedo probar que permaneciera en ella, porque, lógicamente, estuve solo, pero ¿pueden ustedes probar que salí del hotel? Además, ¿a qué diablos viene este interrogatorio?

—Se ha cometido un asesinato. La víctima murió antes de las doce —contestó Botts.

—No sé nada de ese crimen. Insisto en que no salí de mi habitación —dijo Pevney.

—El muerto se llamaba Russ Crown —informó el jefe.

—No le conocía.

—Les vieron juntos en el bar de Pete Marlin —exclamó Anders—. Ayer, a mediodía, concretamente.

—A mediodía tomé una jarra de cerveza en ese bar y había cinco o seis clientes, más o menos, el número de taburetes que hay en la barra. ¿Va a decir, Anders que también conozco a todos los que estaban en el bar en aquellos momentos?

Hubo un momento de silencio. Luego, con brusquedad, Botts dijo:

—Vámonos, Tom.

—Jefe —llamó Pevney.

Botts le miró hostilmente.

—¿Sí?

—¿Por qué mataron a ese Crown?

—¡Y yo qué diablos sé! —contestó Botts, con fingido despego—. ¿Por qué se cree, si no, que ando por ahí investigando?

—Sí, pero tenga en cuenta una cosa: los derechos de los ciudadanos inocentes. ¿Está claro?

—No lo olvido en ningún instante —rezongó Botts.

Los policías se marcharon, echando pestes y maldiciones. Pevney sonrió.

Momentos después, vio a Edna en el vestíbulo.

—Tengo que hacerle una pregunta —dijo él.

—¿Referente a algo que vio anoche, después de las once?

Pevney escrutó los claros ojos de la chica. Edna era muy joven,

pero bastante más lista de lo que podía parecer.

—No salí de mi habitación —contestó.

—Eso es lo que los dos hemos declarado, Kim.

—¿Usted también?

—Sí. Yo estaba en mi saloncito privado —la cabeza de Edna señaló hacia la puerta de cortinas que había al otro lado del mostrador—. Siempre dejo una rendija abierta hasta que llega la hora de irme a la cama. Anoche estaba sentada, leyendo. Le vi pasar por delante del mostrador de recepción.

—Es cierto. Pero no me dio la gana admitirlo. En cambio, usted, sin ningún compromiso conmigo, me ha ayudado. ¿Por qué?

El esbelto seno de la joven se dilató al tomar aire para dar su respuesta:

—¿Sabe lo que es vivir en una ciudad en donde gran número de sus ciudadanos están sometidos a un casi permanente estado de terror?

—No, pero me lo imagino fácilmente. ¿De dónde viene el terror, Edna?

—De Capitol Hill. Allí vive Phoebe Marston.

Pevney recordó el edificio entrevisto a la luz de la luna, mientras se dirigía al granero de Russ Crown.

—Sí, comprendo. Pero la pregunta que quiero hacerle se refiere a la situación de Placid Bend.

—Está a nueve millas al sudoeste. Hay que seguir el camino principal durante ocho millas y tres cuartos. Luego es preciso desviarse por un caminito bien señalado. Placid Bend está a cuatrocientos metros.

—Gracias, Edna.

—¿Va a ir allí?

—Cuando tenga el coche reparado quizá. Ahora, de momento, pienso ir a otro sitio.

—Por cierto, hace media hora trajeron su coche. Lo tiene en la puerta. Budder telefoneó, diciendo que ya le enviará la factura.

Pevney sonrió.

—Gracias, Edna.

Salíó del hotel y se sentó tras el volante del coche, Edna estaba en la puerta, una visión radiante de gracia y frescura juvenil. Pevney se dispuso a accionar la llave de contacto.

De pronto exclamó:

—Edna, ¿ha sido Budder el que trajo el coche?

—No. Un mecánico de su taller. No le conozco, nunca le había visto hasta ahora —contestó ella.

Un oscuro sentimiento de alarma brotó en la mente del joven. Levantar la tapa del motor no le costaría mucho, se dijo.

Salió del coche y alzó la tapa. El paquete de cartuchos de dinamita apareció casi en el acto ante sus ojos.

—¿Qué sucede, Kim? —gritó la muchacha.

Pevney se inclinó y arrancó los cables que unían la dinamita al contacto eléctrico de arranque. Luego, con el explosivo en las manos, se acercó a Edna.

—Aquí tiene —dijo—. Para cuando le entren deseos de volar la estatua del general.

* * *

—Le advierto que no mate de hambre a mis peces —dijo Phoebe Talmadge.

Pevney sonrió, a la vez que se volvía hacia la dueña de la casa de juego.

—Me divierte ver cómo se pelean por una miguita —declaró.

Phoebe se sentó a su lado.

Un extraño aroma, de singular fragancia, emanaba de su cuerpo joven y de curvas sólidas, netamente femeninas. Pevney lo aspiró, complacido.

Pero luego volvió a la realidad.

—Anoche apuñalaron a Russ Brown —dije.

—Lo sé —contestó Phoebe.

—Era muy amigo de Ben Hall.

—Sí, bastante.

—¿De quién sospecha usted, Phoebe?

Ella soltó una amarga risita.

—De media docena de personas. O de una docena. ¿Quién sabe? En Marston Calder hay un puñado de gente, más numeroso de lo que se piensa, que se creen personas y solo son robots. Hacen lo que se les manda, y no miran más ni reparan en nada, ¿comprende?

—¿Por qué, Phoebe?

—Las fiestas anuales, hombre. Atraen a una enorme cantidad de gente, turistas, curiosos, románticos que todavía creen vivir en los gloriosos días del Sur. El propio general disparó uno de los cañones, para dar comienzo a las fiestas, ¿sabe?

Pevney creía ver visiones.

—¿El general? —exclamó.

—Sí, hombre, sí; y es el espectáculo favorito del pueblo y de todos los forasteros. En la fecha indicada el primer rayo de sol llega con determinado ángulo a la vaina del sable, en la que hay un adorno ligeramente cóncavo. Los rayos del sol se concentran así e inciden, reflejados, sobre la mecha de la pieza, que se dispara a los treinta segundos, más o menos, de la salida del sol. Todo muy bonito, muy espectacular... pero tan falso y mentiroso como sus hazañas guerreras.

—Usted es otra de las que odian al general, ¿no?

—El general está muerto. Su hija vive todavía.

Pevney comprendió el significado de la respuesta.

—Odia a su bisabuela de usted —dijo.

Phoebe asintió.

—¿Qué me dice de su padre, Albert Harding? —preguntó él.

—¿Consideraría usted como padre a un hombre que solo ha tenido una simple y accidental participación física en su nacimiento, sin que después haya existido otra clase de relación?

—¿Quién fue el culpable de esa falta de relación: el padre o la madre?

—Harding no quiso casarse con mi madre. Ella hizo bien en marcharse de aquí, en los primeros tiempos. Luego volvió conmigo en brazos; todo el mundo sabía quién era el padre de aquella niña aún lactante, y mi madre quería pasársela a Harding y a su orgullosa familia por las narices.

—Y tragarón alquitrán —sonrió Pevney.

Phoebe se encogió de hombros.

—No me importa lo que pensarán, y ahora tampoco me importa. A veces incluso, viene a jugar a mi casa. Es un cliente más, ¿comprende?

—Sí. Dígame, Phoebe, ¿y su madre?

—Vive muy lejos de aquí y es feliz. Se casó años más tarde, y encontró a un hombre de veras. Por si fuera poco, se liberó de la

horrible tutela de Phoebe Primera.

—Lo que quizá no consiguió la abuela de usted.

—Ella murió demasiado joven. La única que resiste es la bisabuela, es decir, la hija del general. General traidor, cobarde y corrompido, pese a lo que puedan decir los libros de historia —concluyó Phoebe, tajante.

CAPÍTULO VI

Empezaban a notarse los primeros síntomas de las fiestas anuales.

En un descampado, situado en las afueras de la ciudad, había ya casetas de feria. Un circo montaba su carpa. El hotel empezaba a llenarse de huéspedes. Muchos acudían con sus coches, que remolcaban *roulottes*. Pevney divisó otros uniformes distintos en la ciudad. La policía del Estado, los viejos Rurales de Texas, enviaban refuerzos para aquellos días.

Acudirían ladrones, carteristas, damas de fácil virtud, tahúres, ventajistas, timadores, vendedores... Habría trabajo para los policías.

Pero Pevney tenía uno asignado fijo para él, exclusivamente. Desde la ventana vio a Anders, parado con estoicismo frente al hotel.

Unos empleados municipales daban brillo al bronce de los cañones. Otro, encaramado en una escalera, se ocupaba de pulimentar el adorno de la vaina del sable, que al reflejar y concentrar los rayos del sol, daría fuego a la mecha, con la que se dispararía el cañón. El estampido significaría el principio de las fiestas.

Bajó al vestíbulo. Ahora llevaba un sombrero de fina paja, de alas anchas, camisa clara, de manga corta y unos pantalones de tejido fino.

Tocó el timbre de percusión. Edna apareció casi en el acto.

—Hace un día estupendo —dijo él—. Le invito a dar un paseo.

—¿Por dónde? —preguntó la muchacha, con ojos brillantes.

—Placid Bend.

—Es un sitio estupendo. De acuerdo. Estaré lista dentro de diez minutos.

—Aguardo ahí afuera, Edna.

—Sí, Kim.

Pevney salió del hotel. Anders se enderezó al verle.

—Edna y yo vamos a Placid Bend a dar un paseo. No hace falta

que nos siga —dijo Pevney al policía.

Giró sobre sus talones y regresó junto al coche. Levantó la tapa del motor; esta vez no había dinamita conectada al arranque eléctrico.

Edna fue puntual. Estaba guapísima: pañuelo rojo en torno a los cabellos, blusa a cuadros, de vivos colores, y pantalones cortos, amarillos. En la mano llevaba una cesta de regulares dimensiones.

—Bocadillos y bebidas frías —anunció, sonriendo.

—Diríase que presentía la invitación —exclamó él, a la vez que dejaba la cesta en el asiento posterior del coche.

—Es que si no me hubiera invitado usted, lo hubiera hecho yo. Por eso lo tenía preparado —dijo Edna, mientras el coche se ponía en marcha.

—Chica avispada.

Edna rio argentinamente. De pronto se puso seria.

—Esto no es cosa de broma, Kim —dijo.

—Lo sé —contestó Pevney—. Edna, ¿se alojó Walt Wareton en su hotel?

—No. Hay dos hoteles más. ¿Quién es Wareton?

—Era.

—¿Ha muerto? —comprendió ella.

—No he tenido noticias suyas. Después de lo de Hall y lo de Crown, sospecho lo peor.

—¿Quién era Wareton?

—Mi colaborador. Vino aquí para tomar datos sobre la historia del general. Me escribió que había encontrado a Ben Hall, y que este le proporcionaría numerosos datos. Fue su única carta. Ya no he vuelto a tener noticias suyas.

—Teme lo peor, ¿eh?

—Estoy convencido de ello, Edna. Por cierto, ¿qué ha hecho con la dinamita?

—Está en la cesta —respondió la muchacha sorprendentemente—. La tiraremos al río, es lo mejor.

—Sí, cierto —aprobó él—. Con la navaja romperé la envoltura de los cartuchos; así el agua actuará destructoramente con mayor rapidez en el explosivo.

—Hall iba a pescar con frecuencia a Placid Ben. Es un sitio que me encanta, Kim. Pero yo no pesco, claro.

—¿Ni intenta pescar... marido?

Edna rio suavemente.

—Ya vendrá, sin necesidad de tenderle anzuelo con cebo — contestó.

—Una pregunta, Edna. Usted está empleada en el hotel. ¿Quién es el dueño?

—Albert Harding.

—Esa respuesta casi no me sorprende —dijo Pevney.

—Los otros dos son de Phoebe Marston —añadió Edna.

—Es una mujer rica, ¿no?

—Vive bien. No se puede decir que sea precisamente pobre.

—¿La ha visto usted alguna vez?

—Sí, de vez en cuando, aunque Capitol Hill no es lugar que yo frecuente.

—¿Conserva su lucidez mental?

—¿Qué quiere decir, Kim?

—Phoebe Marston tiene noventa años. A esa edad, el cerebro de muchas personas flaquea.

—Creo que sus facultades mentales no han sufrido mengua. La vi hace algunos meses; y me pareció en buenas condiciones. Pero ¿por qué no se lo pregunta a Darryl Clubagh?

—¿Quién es Clubagh, Edna?

—El apoderado general de las empresas de la vieja. Quiso casarse con Lana, la madre de la otra Phoebe pero ella lo rechazó. Clubagh ha permanecido desde entonces obstinadamente soltero.

—Entonces ya es un hombre maduro, ¿no?

—Cincuenta y tantos años, Kim —respondió ella.

—Hablaré con Clubagh. Gracias por la indicación, Edna.

Minutos más tarde, llegaban a Placid Bend, un lugar de espléndida vista, con abundante arbolado y fresca y jugosa hierba, junto a un amplio remanso del río. Pevney detuvo el coche y se apeó con la cesta en la mano.

—Aquí venía Hall a pescar, de cuando en cuando —dijo.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Edna, sorprendida.

—Me lo dijo Crown, su amigo, segundos antes de morir.

Edna se sentía vivamente intrigada por aquella respuesta. Pevney avanzó hacia la orilla del río, en la que se veían varios embarcaderos de madera: pilotes hincados en el lecho de la corriente, largas vigas y tablones transversales.

—Me pregunto cuál sería el que usaba Hall —murmuró Pevney, al cabo de unos momentos de silencio.

—No lo sé. La pesca, aunque comprendo a quienes la practican, no figura entre mis aficiones favoritas.

—Crown mencionó este lugar. Lo escuché perfectamente. Fue una lástima que no pudiera darme más explicaciones.

—Se me ocurre una idea. ¿Enterró alguna cosa en cualquier rincón de este lugar?

El río describía una amplia curva, con lo que la zona de pesca formaba un romo promontorio, aunque de escasa altura sobre el nivel de las aguas, tres o cuatro metros en el punto de cota máxima.

—Es posible, aunque, ¿cómo reconocer el lugar exacto? —dijo Pevney—. Personalmente, opino que lo que sea está escondido en el sitio donde él se ponía a pescar habitualmente.

—Tendré que preguntárselo a alguien aficionado a la pesca. Mientras tanto, ¿por qué no tomamos un bocadillo y un poco de cerveza?

—La cerveza engorda —dijo él, mirándola de reojo maliciosamente.

—Nunca me he preocupado por la línea —rio Edna.

Destapó la cesta. Un envoltorio surgió de repente ante sus ojos.

—La dinamita —dijo a media voz.

—Espere, la inutilizaremos antes de nada —exclamó Pevney.

El paquete de explosivos estaba envuelto en un trozo de tela plástica opaca. Pevney sacó su navaja, cortó la tela y dejó los cartuchos al descubierto.

Algunos de ellos tenían todavía mecha, no demasiado larga. Edna se sintió intrigada, al advertir el detalle.

—La mecha sobra, si se conecta el fulminante a una fuente de energía eléctrica —comentó.

—Pero se puede tener preparada, por si se necesita usar la dinamita en la forma clásica. Lo que pasa es que la ocasión de conectarla a la batería de mi coche llegó antes. Por cierto, ¿reconoció usted al mecánico que me lo trajo al hotel?

—No me fijé en él. Magnus, el conserje, fue quien me lo dijo.

—Pregúntele, cuando volvamos. Un rato de estos iré yo a hablar con Lou Budder. ¿Ha visto estos días a un tipo cojeando y con un ojo morado?

Edna respingó.

—Sí, Danny Harding, el hijo mayor del dueño del hotel —contestó—. ¿Qué le sucede, Kim?

—Eso lo explica todo. Sin duda, Danny disponía de la llave maestra que le permitió entrar subrepticamente en mi dormitorio. Pero lo cruzó con demasiada velocidad, y salió disparado por la ventana.

—¿Ese le pasó a Danny?

—Sí. No sé para qué quería entrar a horas poco corrientes, pero me di cuenta de ello y, cuando abrió puerta, le hice dar una carrerita que terminó en el césped que hay delante de la fachada.

Edna soltó una fuerte carcajada.

—¡Cómo me hubiera gustado verlo! —exclamó—. Pero ¿quién le ha dicho lo del ojo morado?

—Alguien, furioso por su fracaso, le pegó una bofetada. O puede que fuera un puñetazo, es igual. Danny cayó por segunda vez, en pocos minutos. El hombre que lo esperaba, se había escondido tras la estatua del general.

Mientras hablaba, Pevney, con la navaja, rasgaba la envoltura protectora de los cartuchos, dejando el explosivo al descubierto, a fin de que sufriera con mayor rapidez la acción destructora de las aguas. De pronto, mando ya solo quedaban un par de cartuchos intactos, se oyó un disparo.

La bala silbó sobre las cabezas de los dos jóvenes. Fue un sonido claramente percibido por ambos, muy diferenciado del estampido del arma.

Pevney empujó a Edna con el hombro, derribándola al suelo. El segundo proyectil se estrelló con ruido inconfundible contra la carrocería del automóvil, tras el cual se hallaba la pareja.

—Nos tirotean, Kim —dijo ella, angustiada.

Pevney procuró mirar por debajo del coche. La hierba era bastante alta, y no permitía una buena visibilidad, pero, aun así, pudo apreciar unos arbustos a cuarenta o cincuenta pasos, un lugar muy apropiado para que un emboscado pudiera situarse y tirar

contra ellos impunemente.

Sonó un tercer disparo.

Una de las ruedas se deshinchó en el acto. Pevney maldijo entre dientes.

La bala había partido ahora de un lugar situado más a la izquierda. Para Pevney era evidente que el atacante se deslizaba sigilosamente sobre el suelo, en busca de un punto que le permitiera usar con efectividad sus proyectiles.

Furioso, Pevney crispó las manos de rabia. Entonces, se dio cuenta de que con la derecha sujetaba todavía los dos cartuchos de dinamita intactos.

CAPÍTULO VII

Atónita, creyendo que Pevney había perdido el juicio, lo vio sacar un cigarrillo y encenderlo con toda tranquilidad. Casi en el mismo instante, sonó el cuarto disparo, bastante más a la izquierda de los primeros.

La bala segó algunos tallos de hierba en las inmediaciones de la pareja.

—No tema —sonrió él—; solo pretende fijarnos al terreno, para combatirnos luego con mayor eficacia. Pero no le vamos a dar tiempo.

Ya humeaba la mecha del primer cartucho. De pronto, Pevney se puso de rodillas, echó el brazo atrás cuanto pudo y, tras tomar impulso, lanzó el cartucho todo lo lejos que pudo.

—Edna, tápese los oídos —aconsejó él.

Se oyó un chillido de sorpresa. Luego, sonó la explosión.

El suelo retembló. Un cono invertido de tierra y humo se elevó inmediatamente a las alturas.

Pevney se puso en pie. Ello le permitió lanzar el segundo cartucho diez o doce metros más lejos. Agachado tras el coche, mirando por encima del motor, presenció el estallido de la dinamita.

Un hombre salió corriendo a toda velocidad. De cuando en cuando, se volvía y hacía un disparo con su revólver. Pevney se echó a reír.

—Campo libre, Edna —dijo.

El fugitivo corrió cosa de doscientos metros, montó en una motocicleta y salió disparado en dirección a Marston Calder.

—Ese es Lom Boone —identificó la muchacha, en el acto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Es muy aficionado a la mecánica, sobre todo a las motos de gran cilindrada. Por eso trabaja en el taller de Budder, para ganar el dinero que le permita satisfacer sus caprichos y correr de cuando en cuando en alguna competición.

—Pero no hemos oído el ruido de su motocicleta...

—La carretera está lejos. Una vez que entró en el camino, cortarí el contacto, y bajó a motor parado.

—Sí, es cierto —Pevney se echó a reír—. De todas formas, le hemos dado un buen susto.

—¿Y el que él nos ha dado a nosotros, Kim?

—Boone tiraba contra mí, Edna.

—Pero yo también me he asustado, eso no me lo negará usted.

—Claro que no. Bueno, creo que podemos dar el incidente por zanjado. Ahora mismo tiraré la dinamita al río. Luego, podemos merendar.

Edna puso cara de lástima.

—A mí se me ha quitado el apetito —confesó.

—Por eso dijo alguien, no sé quién, pero desde luego un filósofo famoso, que las emociones fuertes, si no matan, adelgazan.

Edna miró al joven unos instantes. Luego, aliviada de la tensión a que había estado sometida hasta entonces, rompió a reír.

—Ande, arroje la dinamita y vuelva. Voy a ver si trato de desmentir a ese famoso filósofo que, si no me equivoco, lleva su mismo nombre y apellido —dijo, jovialmente.

* * *

Había bastante clientela en la casa de juego. Phoebe; elegantísima con un traje negro audazmente escotado y sin espalda, dirigía el juego en una mesa.

Uno de sus empleados estaba en una mesa de dados. Otro se ocupaba de la ruleta.

La joven se sorprendió al ver a un nuevo cliente. En el bar, un camarero de sobrio atuendo atendía a los bebedores.

Phoebe hizo una señal. Uno de sus empleados ocupó su puesto en la mesa.

Ella se acercó a Pevney.

—Por ser su primera visita, la casa invita —dijo, con hechicera sonrisa.

—Acepto encantado —contestó él.

Se acercaron al mostrador. El *barman* sirvió dos bebidas en sendos vasos altos, con mucho hielo.

Phoebe levantó el suyo.

—Para que consiga... sus deseos —brindó.

—¿Sabe ya cuáles son?

—Desenmascarar a un impostor montado en un caballo de piedra. Y a quienes siguen manteniendo la ficción, después de más de cien años —respondió la joven.

—No me interesa la ficción, sino la historia.

El estruendo de una motocicleta se dejó oír, de pronto, en el exterior. Pevney simuló no haberlo oído.

—Y también el millón de dólares que escondió el general —dijo Phoebe.

—He leído montones de historias y leyendas sobre supuestos tesoros escondidos por los sudistas, tras la derrota —manifestó él.

—En este caso, no se trata de leyenda, sino de realidad.

—¿Ha visto usted ese dinero?

—Nadie lo ha visto, pero...

Phoebe se mordió los labios.

—¿Por qué no sigue? —inquirió Pevney.

—La vieja no quiere que se encuentre ese dinero —dijo ella.

—Extraño comportamiento, ¿no?

—Para ella vale más el honor de los Marston que un millón de dólares. Y aunque fuesen diez, tampoco querría que apareciesen.

—Porque si se encontrase el dinero, se probaría que el general Marston se quedó con los fondos destinados para el pago de sus fuerzas y cierta cantidad de pertrechos de que le iban a aprovisionar unos contrabandistas que se movían por la frontera con México.

—Sí, eso es lo que se dice... *sotto voce*, por supuesto. Nadie se atreve a proclamarlo en voz alta.

—Ni quieren, tampoco, que se divulgue la verdadera historia del general, el héroe de las fuerzas sudistas de estas regiones.

Con el rabillo del ojo, Pevney vio a un individuo parado ante una mesa de juego. Era joven, fornido, de mediana estatura y con una cazadora de cuero puesta negligentemente sobre los hombros.

—¿Es ese Lom Boone? —preguntó.

Phoebe volvió la cabeza.

—Sí, un botarate, amigo del ruido y de la velocidad. Aquí se porta bien; una vez intentó organizar un escándalo, a cuenta de una jugada que decía haber ganado. Los vigilantes le desanimaron de seguir dando escándalos. Desde entonces, es un buen cliente,

aunque sí le gusta hacerse notar cuando llega y cuando se marcha.

—Con el ruido de su máquina.

—Sí.

—Phoebe, ¿qué me dice usted de Darryl Clubagh?

Ella le miró, sorprendida por la inesperada pregunta.

—Es el apoderado general de mi bisabuela —contestó.

—Ya lo sé. Usted hubiera podido apellidarse Clubagh.

—Una excelente persona, aunque eso no es suficiente para conseguir el amor de una mujer, en su caso, el de mi madre.

—Yo no le pregunto por el pasado, sino por el presente.

Phoebe entornó los ojos.

—A mí me parece que resultaría mucho más útil que hablase usted directamente con la vieja —aconsejó.

—¿Y con usted?

—Ya estamos hablando.

—Hay demasiada gente.

La joven sonrió.

—No trate de conquistarme; soy fría como un témpano de hielo —dijo.

—Los témpanos se funden y el agua se eleva de temperatura.

Phoebe volvió a reír.

—Entiendo la metáfora perfectamente, pero no hay calor suficiente para fundir el iceberg que soy yo. Y adiós, Kim; dispénsame, pero tengo que atender el negocio.

Pevney se quedó solo.

Adelantaba muy poco, se dijo. ¿Estaba perdiendo el tiempo?

Por encima de su vaso, divisó a Boone. El sujeto parecía muy entretenido jugándose unos dólares en la mesa de dados.

Pevney concibió una idea. Apuró el contenido del vaso y, discretamente, se dirigió hacia la salida.

* * *

Murmurando palabras ininteligibles, Boone salió de la casa de juego, y se acercó a su motocicleta. Estaba situada en uno de los extremos de la zona de estacionamiento de vehículos y, tras calarse el casco de motorista y ponerse los guantes, cabalgó sobre la máquina y se dispuso a arrancar.

Entonces vio algo que le hizo lanzar un sonoro taco.

Se apeó. Obscenas maldiciones brotaron de sus labios, al ver que la rueda delantera estaba deshinchada.

—He sido yo, Lom —sonó, de pronto, una voz a poca distancia.

Boone se volvió vivamente.

—¿Quién es usted? —preguntó, colérico.

—Esta tarde me deshinchó usted una rueda a tiros.

Hubo un momento de silencio.

—Pevney —dijo Boone, al cabo.

—Sí, el mismo.

—¿Quiere algo de mí?

—Solo una pregunta, un nombre, mejor dicho, Lom.

Boone se puso rígido.

—No —contestó.

Pevney soltó una risita.

—¿Prefiere morir? —preguntó.

—¿Va a matarme? —exclamó el sujeto, aterrado.

—¿Yo? No me tome por un sanguinario asesino, hombre. Le matará el mismo que le pagó por ponerme a dinamita en el coche... el mismo que le ordenó seguirme hasta Placid Bend y atacarme a tiros. De momento, le ha dado dinero para que pueda costear ciertos gastos que no puede permitirse con el sueldo que gana en el taller de Budder: motos costosas, juego en Phoebe's... Pero usted no es sino una pieza que se tira cuando ya ha cumplido su papel en el juego.

De nuevo volvió el silencio. Pevney notó claramente que Boone tragaba saliva.

—Escuche —dijo el tipo, de pronto—, hablaré con una condición.

—¿Sí?

—Estoy harto de este maldito pueblo, estoy harto de trabajar para Budder... quiero ser independiente, no tener que obedecer a nadie... Yo podría ser alguien en el mundo del motor, pero necesito algo de dinero para empezar.

—¿Cuánto, Lom?

—Dos mil.

Pevney calló.

—¿Qué, no me contesta? —preguntó Boone, impaciente.

—Es demasiado dinero... —Pevney estaba dispuesto a dar un par de cientos, pero dos mil resultaba una cifra excesiva.

Sin embargo, no pudo seguir hablando.

Algo chasqueó suavemente en las tinieblas cercanas Pevney oyó claramente el ruido de una bala al hundirse en la carne.

Boone lanzó un gemido. Luego, lentamente, empezó a caer.

Casi en el mismo instante, un coche arrancó con tremendo rugido y salió disparado hacia Marston Calder. Pevney corrió hacia el caído, pero enseguida se dio cuenta de que, efectivamente, Boone era la pieza que se arrojaba cuando ya resultaba inútil para el juego.

El casco protector no había servido de nada contra la bala que le había atravesado el cráneo, certera y oportunamente.

CAPÍTULO VIII

Los policías se movían en torno al cadáver, alumbrado por unos cuantos reflectores. La ambulancia esperaba a un lado. Los curiosos permanecían a cierta distancia.

A Pevney le pareció que el jefe Botts disfrutaba un tanto con la situación. Ciertamente, el asesinato de Boone podía dañar el prestigio de la Gambling House. Teniendo en cuenta el estado de las relaciones entre las dos mujeres, y el cargo que ocupaba Botts, no parecía difícil saber de qué lado se inclinaban las simpatías del policía.

Botts se le acercó de repente.

—Cuenta lo que vio —dijo.

—Nada —respondió Pevney.

—¿Seguro?

—Estaba ahí dentro. Pregúntele a miss Phoebe.

—Lo haré, descuide. Entonces, no vio nada...

—No.

—Extraño. Usted es muy observador.

—Sí.

Botts le lanzó una mirada centelleante, y se alejó unos pasos. Pevney le llamó de pronto:

—¡Jefe Botts!

El policía retrocedió.

—Usted no ha completado su interrogatorio —dijo el forastero.

—¿Ah, sí? ¿Me va a enseñar cómo hacer preguntas cuando se comete un delito cualquiera?

—En este caso, al menos, sí.

Botts hinchó el pecho, conteniendo difícilmente la cólera que sentía.

—Está bien, enséñeme a preguntar —dijo, con tono despectivo.

—Usted me preguntó si había visto algo, y yo contesté negativamente. Pero no me preguntó si había oído algo. Por eso no contesté a una pregunta que no me había sido formulada.

—¿Trata de burlarse de mí? —rugió Botts.

—Vamos, hombre, tómesele con un poco de mejor humor —sonrió Pevney—. Ande, pregúnteme lo que escuché a la hora aproximada en que se cometió el crimen.

—Está bien, suéltelo ya —dijo el policía, comprendiendo que había cometido un error, del que se aprovechaba su contrincante verbal.

—El ruido de un automóvil deportivo, que arrancaba a toda velocidad, como si le dieran la salida en una competición. Nadie oyó el disparo, lo que hace suponer que el asesino usó silenciador. Pero no podía poner silenciadores a los tubos de escape de su coche.

Botts abrió la boca.

Pevney sonreía.

—En Marston Calder he visto infinidad de automóviles, todos ellos americanos. Pero debe de haber alguien que sienta capricho por los coches europeos deportivos, potentes, veloces... Averigüe quién tiene uno de esos coches; estimo que no han de abundar mucho en la población.

—Investigaré —prometió Botts.

—Y puede preguntar a los que estaban en Phoebe's cuando se cometió el asesinato —añadió Pevney—. Seguro que habrá muchos que también oyeron el rugido del motor de ese coche.

Botts se alejó. Al cabo de un rato, pasó junto al forastero.

—Lo del coche deportivo es cierto —dijo, sin detener la marcha.

Phoebe se le acercó más tarde.

—No es cierto que usted permaneciera todo el tiempo dentro de mi casa —dijo.

Pevney la miró largamente.

—¿Va a delatarme? —preguntó.

—¿Ha sido usted el autor del crimen?

—Me limité a deshinchar la rueda delantera de la moto de Boone. Quería hablar con él. Me pidió dos mil dólares para largarse de Marston Calder. Sinceramente, no podía desprenderme de esa suma. Entonces fue cuando alguien, oculto en las sombras, disparó contra él. Yo me tumbé en el suelo. El asesino escapó inmediatamente. Eso es todo... pero si ha dicho que permanecí dentro de la casa, gracias, Phoebe.

—Suelo tener un instinto especial para ciertas cosas —respondió ella.

—Me gustaría venir a hablar otra vez con usted, pero en mejores condiciones.

Phoebe sonrió imperceptiblemente.

—Ya le di antes mi respuesta —murmuró—. Buenas noches, Kim.

Ella dio media vuelta y se metió en la casa. Durante unos instantes, su silueta se recortó nítidamente contra el fondo brillante de la luz del interior del edificio. Era una visión plena de belleza y majestuosidad.

La visión desapareció. Pevney suspiró, dio media vuelta y se metió en el coche.

* * *

Edna Gilligan no podía dormir. Había oído el bramido de las sirenas policiales, y se dio cuenta de que algo grave ocurría, porque iban un par de coches. La ambulancia siguió a continuación.

Ella dormía en la planta baja del hotel, en una habitación que daba a la plaza. A oscuras, se puso una bata y se acercó a la ventana.

Oyó comentarios. Pronto pudo enterarse de lo ocurrido. Un crimen en Phoebe's.

Temió por el forastero. Más comentarios llegaron a sus oídos, y la tranquilizaron en este punto.

El muerto era Boone. Edna se sentía desconcertada

Los grupos de curiosos se disolvieron. Ella tomó una silla y se sentó junto a la ventana.

La plaza quedó desierta. Solo se veían las luces de alumbrado público y las del bar de Peter Marlin, en el otro extremo.

Transcurrió un buen rato. La ambulancia volvía, seguida de un coche policial. Casi enseguida, vino otro automóvil de la policía. Estaba ocupado por el jefe Botts y su inseparable Anders. El coche dio la vuelta a la plaza, y se detuvo frente al bar de Marlin.

Los dos policías se apearon. Uno de ellos se inclinó sobre el coche rojo, deportivo, parado frente al bar. Edna presenció la escena con toda tranquilidad.

Botts entró en el bar. Anders se quedó en la puerta.

Los ojos de Botts recorrieron el interior del local. Había un

hombre joven, charlando con una muchacha de generoso escote, que hacía continuamente dengues y mohines, con frecuentes risitas.

—Danny —dijo Botts.

El joven se volvió.

—Hola, jefe —contestó—. ¿En qué puedo servirle?

—Ven conmigo a mi oficina. Tenemos que hablar.

Danny Harding frunció el ceño.

—¿Por qué no hablamos aquí mismo? —preguntó.

—Te he dado una orden. Sígueme.

—Y a mí no me da la gana de obedecer esa orden. No he hecho nada malo, de modo que me quede aquí.

Botts sacó de pronto su revólver de reglamento.

—Danny, vas a venir conmigo a la oficina o te llevaré a rastras —amenazó.

El muchacho se apeó. Sus ojos echaban lumbre.

—Jefe, usted pagará caro...

El caño del revólver golpeó una frente. Danny lanzó un grito de dolor y se tambaleó. La chica emitió un chillido de espanto.

—Vamos, sal fuera —gruñó Botts, a la vez que empujaba al muchacho, sin la menor consideración.

Danny caminó a trompicones, aturdido por el golpe, que había abierto una brecha en su frente. De pronto, al salir, reaccionó un tanto y empujó violentamente al policía. Luego, echó a correr.

Botts rodó por el umbral de la puerta. Un grito de furia brotó de su garganta:

—¡Tom, que se escapa! ¡Dispara, dispara!

Sonaron varios estampidos. Danny se llevó las manos a los riñones, a la vez que daba unos cuantos traspiés. Luego, empezó a caer.

Instintivamente, alargó sus brazos hacia el coche deportivo, pero las fuerzas le fallaron y cayó junto a la portezuela. Edna, que se había puesto en pie instintivamente al oír las detonaciones, le oyó quejarse como un chiquillo.

Botts se puso en pie, limpiándose con la manga de la camisa el sudor de la frente.

—Condenado crío —juró.

Anders se acercó al caído, cuyos movimientos se hacían cada vez más dediles.

—¿Era él? —preguntó.

—Registra el coche —masculló Botts.

La gente corría hacia el lugar donde habían sonado los disparos. De pronto, Anders enseñó algo con la mano derecha.

—Aquí está la pistola con silenciador —exclamó, satisfecho.

—Ya sabía yo que nadie más que él podía ser el asesino de Boone —dijo Botts, con no menor satisfacción—. Bueno, ve a llamar a un médico; a ver qué puede hacer por este pobre tonto.

Anders bajó la cabeza, miró al caído y luego hizo un gesto negativo:

—Jefe, me parece que el único que tiene algo que hacer es el encargado de la funeraria —contestó.

Edna oyó las últimas palabras. Sin importarle su vestimenta, había salido del hotel y corrido hacia el lugar del suceso. Una especie de mareo la hizo vacilar.

Estuvo a punto de caer, pero consiguió dominarse. Lentamente, regresó al hotel.

Cuando se disponía a entrar, llegó Pevney.

El forastero vio gente al otro lado de la plaza.

—¡Edna! ¿Qué ha sucedido? —preguntó.

La muchacha se volvió. Pevney observó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Han matado a Danny Harding —contestó.

Pevney se quedó sin aliento.

—¿El hijo de Albert?

—Sí.

—Pero, ¿por qué...?

—El jefe Botts lo acusó de ser el asesino de Boone. Incluso encontraron la pistola en su coche. Pero antes, Danny fue golpeado y, cuando se lo llevaban arrestado, derribó al jefe e intentó huir. Anders le disparó tres o cuatro tiros y lo mató.

Hubo un momento de silencio. Pevney miraba hacia el otro lado de la plaza. El general, impasible, contemplaba la escena con sus ojos de granito.

—Edna, lo que ha sucedido no contribuirá precisamente a mejorar el estado de las cosas —dijo, gravemente.

—Lo mismo opino yo —contestó ella, con acento lleno de calor—. Es más, no tenía buena opinión de Danny; pero, francamente, no

le creo capaz de cometer un asesinato.

CAPÍTULO IX

Estaba terminando de afeitarse, cuando oyó golpes en la puerta.

—Entre —gritó, desde el baño.

La puerta se abrió.

—Señor Pevney, la señorita Edna tiene un recado para usted —dijo Magnus, el empleado—. Es urgente —añadió.

—Bien, bajaré enseguida —contestó el huésped.

Terminó de afeitarse y se vistió. Minutos más tarde, se hallaba en recepción.

Había dormido hasta cerca de las once, debido a que se había acostado mucho más tarde de lo ordinario. El mediodía estaba próximo.

Asombrado, vio a Edna con vestido negro y un sombrerito con tules, del mismo color. Los tules estaban echados hacia atrás.

—¿Adónde va? —preguntó.

—A las doce serán los funerales por Danny —respondió la muchacha—. A fin de cuentas, soy una empleada de su padre.

—Ah, comprendo. Tenía algo que decirme, creo.

—Sí. Ha llamado ella. Quiere verle.

Pevney entendió en el acto el significado de la palabra «ella».

—¿Lo ha dicho como una orden? —preguntó.

—Ella nunca suplica; siempre ordena —dijo Edna, intencionadamente.

—Y sus esclavos obedecen.

Edna se encogió de hombros.

—Haga lo que guste —salió del mostrador—. Se me hace tarde, Kim, discúlpeme.

Salieron juntos. Pevney le propuso ir a la iglesia en su coche, pero ella rechazó la oferta.

—No está tan lejos —alegó—. Y, por otra parte, usted tiene que acudir a esa llamada.

—Sí, Edna. ¿Puedo pedirle un favor?

—Claro.

—Observe atentamente durante los funerales. ¿Comprende?

Ella asintió.

—Lo haré, Kim —prometió.

Pevney subió al coche y arrancó. Minutos más tarde, enfilaba el camino particular que conducía a la elevación del terreno pomposamente denominado Capitol Hill.

La posesión estaba cerrada por una alta tapia. Había una sólida verja de hierro, custodiada por un individuo de rostro inexpresivo, con pistola al cinto.

Pevney dio su nombre. El cancerbero abrió de inmediato.

El jardín que rodeaba la casa era grande y estaba bien cuidado. Cuando se detenía frente al gran porche de la entrada, apareció un individuo en el umbral de la entrada principal.

—Soy Clubagh —se presentó el sujeto—. Bien venido, señor Pevney. La señora Marston le aguarda en su sala particular.

—Muchas gracias —contestó el visitante.

Pevney cruzó el umbral. El suelo, de madera de teca, le pareció, espejeaba.

Clubagh le acompañó hasta una puerta.

—Señor Pevney, si no tiene inconveniente, me agradecería hablar con usted cuando haya terminado con la señora —dijo.

—Será un placer —aseguró el joven.

Clubagh abrió. Pevney cruzó el umbral.

Phoebe Marston le miró desde su sillón, apoyada con ambas manos en un bastón de ébano. Los ojillos de la mujer, muy azules, le contemplaron con curiosidad. La de Pevney no era menor. Así pudo apreciar que Phoebe era ya muy menudita y arrugada como una pasa, aunque, para sus noventa años, se le apreciaba, una singular vitalidad.

—De modo que es usted el que ha venido a remover el asunto —dijo, al cabo de unos momentos de silencio.

—Sería inútil contestar con evasivas, señora —respondió el visitante—. Pero yo no he venido a remover ningún asunto, sino, simplemente, a conocer la histeria verdadera del general Marston.

—Mi padre, caballero —dijo Phoebe orgullosamente.

—Fue y se comportó como un hombre público. Su historia debe ser hecha pública; la auténtica, no la que cuentan las leyendas.

—El general fue un hombre bueno, honrado y valioso. Sus soldados lo adoraban. Ganó más de una batalla, pero, sobre todo, la

que le valió la fama fue de Thunder Gulch, en donde fue atacado por fuerzas numéricamente muy superiores, no solo consiguió conservar aquel importante paso, vital para las comunicaciones de los ejércitos de esta zona, sino que rechazó al enemigo, causándole además una elevada cantidad de bajas. Atrévase a desmentir la realidad, señor Pevney.

El joven procuró ocultar una sonrisa.

—Señora, dejemos este asunto a un lado, por el momento —propuso—. Conozco bien la historia de esa batalla, mucho mejor de lo que usted puede sospechar siquiera. ¿Qué otra cosa tenía que decirme?

—No me gusta que haya venido a Marston Calder. Esta es mi ciudad, ¿comprende? Fue fundada por el abuelo de mi padre. Era un terreno desértico, árido... Por eso le puso el nombre de Marston Calder. Pero supo encontrar agua y alumbrar un caudal que aún hoy no se ha extinguido. Esa agua cambió radicalmente el aspecto de la comarca. Simplemente, consiguió que el río subterráneo corriese por la superficie. El Marston River, por si lo ignoraba.

—También conozco la geografía local, señora.

—Sí, ya me imagino que la estudió a fondo, antes de venir aquí. Pero sigue siendo mi ciudad, la ciudad de los Marston. Váyase, váyase y deje a los muertos tranquilos en sus tumbas.

—Algunos muertos no tienen tranquilidad en sus tumbas, señora.

Phoebe respingó ligeramente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Un amigo mío y colaborador, Walt Wareton, vino aquí para tomar datos para el libro que pienso escribir sobre el general. Wareton ha desaparecido. Sospecho que ha muerto asesinado. Y el que muere asesinado no descansa hasta que su asesino es castigado. Lo mismo digo de Ben Hall y de Russ Crown.

—Los huesos del general se removerán en su tumba si usted publica esa sarta de calumnias —exclamó Phoebe, airadamente.

—Si apoyo mi relato con pruebas, no habrá calumnia alguna, señora —contestó Pevney.

Ella le miró de pies a cabeza.

—Usted es joven. Tiene aún muchos años de vida —dijo—. ¿Por qué no la disfruta como se debe disfrutar la vida a los treinta años?

—Los mismos tenía Wareton, y ya solo disfruta de una tumba innominada.

—Entonces, ¿no quiere ceder?

—No.

* * *

El silencio se hizo denso, lleno de tensión. Phoebe movió la cabeza después de unos segundos de inmovilidad.

—El general es una institución de Marston Calder. Por él vive la ciudad...

—Han creado el culto a un ídolo falso, señora —dijo Pevney, crudamente.

—¿Y usted quiere derribarlo?

—Quiero la verdad.

—Pero, en nombre de Dios, ¿por qué?

—Detesto los falsos romanticismos, las falsas leyendas, que convierten a las personas en lo que no fueron jamás, en seres míticos, que deben ser idolatrados solo porque lo dispusieron unos cuantos, entre los cuales, lógicamente, se encuentra también el interesado. Usted conoce tan bien como yo la verdadera historia del general. Es su padre, y encuentro natural que no le guste que se sepa. Pero los hechos ocurrieron con arreglo a la lógica de las circunstancias de hace ciento nueve años, y no como se quiso después que hubieran ocurrido. Gente de su propia familia opina también así, señora.

—¿Quién? —preguntó ella.

—Phoebe Talmadge.

—Esa mujer no pertenece a mi familia.

—Es la hija de su nieta.

—Una bastarda...

—De lo cual ella no tiene la menor culpa.

—Phoebe siempre me ha odiado. Daría cualquier cosa por derribar la estatua del general. Y procurar que a mí me pillara debajo.

—Los sentimientos antagónicos son recíprocos —sonrió Pevney.

—Phoebe es mala, mala... Ha heredado todas las pésimas cualidades de su padre.

—Harding.

La anciana soltó una risita.

—Eso es lo que ella cree —dijo.

Pevney respingó.

—¡Cómo! ¿No es Harding su padre?

—Ya no diré nada más sobre este asunto —contesto Phoebe—. Volvamos a lo nuestro. Y hablemos con crudeza. ¿Cuánto pide, señor Pevney?

—No he pedido nada, señora.

—Cite una cifra —exigió ella, implacable.

Pevney se acercó de pronto a la anciana, tomó una de sus manos y la besó.

—La cortesía está bien aun con los enemigos —dijo, sonriendo.

Phoebe se quedó parada un instante. Pevney se dirigía ya hacia la puerta.

—Escuche un momento —llamó.

Pevney se volvió.

—¿Señora?

—Se ha dejado embaucar por mi biznieta. Es guapa, lo reconozco, pero usted no sabe toda la verdad acerca de ella. Si piensa que va a conseguir algo de Phoebe, está muy equivocado. Tiene un amante.

—Un hombre digno de envidia —suspiró él.

Una mueca de rabia deformó el rostro de la anciana.

—Se ven con frecuencia, yo lo sé muy bien —dijo—. Ellos le utilizarán para sus propios fines, y luego lo arrojarán a un lado, como la pulpa de una naranja de la que se ha extraído el jugo. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Es usted muy gráfica, señora; pero, ¿para qué piensan utilizarme?

—Hombre de Dios, use su cerebro. A ellos la historia del general les importa un rábano. Otra cosa les importa mucho más. ¿No lo entiende?

—Un millón de dólares.

Phoebe sonrió.

—Eso es algo que no encontrarán jamás —aseguró—. Y usted tampoco, querido enemigo.

Pevney se inclinó.

—Gracias por el calificativo, señora —se despidió.

CAPÍTULO X

Clubagh aguardaba en el vestíbulo. El sujeto era de presencia correcta, aunque a Pevney no le gustaron unos ojos de color desvaído que, además, no miraban con firmeza.

—Ya he terminado con ella —dijo.

—Conozco el tema de lo que han tratado —manifestó Clubagh—. Pero quisiera añadir mi granito de arena, señor Pevney.

—¿Sí?

—Deje las cosas tal como están durante algunos años. Ella es ya muy vieja, no puede durar mucho. Aguarde a que muera, y entonces publique su historia.

—No es mala proposición —admitió el joven—. Pero a Wareton no le dejaron vivir lo que tenía derecho, dada su edad.

—El jefe Botts esclarecerá ese crimen...

—¿Se lo dirá usted?

—Puedo hacer uso de mi influencia, derivada, naturalmente, del cargo que ostento.

—El espejo que refleja la luz del sol, ¿no?

—Una metáfora muy acertada. Pero si ese espejo es cóncavo, concentra los rayos del sol, y puede resultar fatal.

«Era una clara amenaza, a pesar de los circunloquios con que había sido emitida», pensó Pevney.

—Hablaré con el jefe Botts —dijo, a fin de mostrar, de momento, una línea evasiva.

—De acuerdo. Gracias, señor Pevney.

El joven abandonó la casa. Regresó al hotel.

Edna seguía en los funerales. Pevney fue al bar de Marlin a tomar un bocadillo. El propio dueño le atendió.

—Señor Marlin —dijo Pevney.

—¿Sí?

—Desearía hablar con su *barmaid*, la chica que estaba anoche cuando murió el pobre Danny.

—No sé si vendrá hoy. Era muy amiga de Danny, y el hecho la ha afectado profundamente.

Pevney sonrió.

—Si no viene, iré a la noche a su casa —contestó.

Media hora más tarde, volvió al hotel. Había un recepcionista suplente, debido a la afluencia de clientes, que ya se dejaba notar, dada la inminencia de las fiestas. Pevney preguntó por Edna, y el hombre le dijo que estaba en su habitación.

—Quiero hablar con ella; tenga la bondad de decírselo —suplicó.

—Al momento, señor.

Edna asomó, a poco, tras la puerta situada al otro lado del mostrador.

—Venga, Kim —invitó.

Pevney entró en el saloncito privado de la muchacha. Ella se había cambiado ya de ropa, aunque aparecía pálida y sin retocar.

—¿Cómo han ido los funerales? —preguntó él.

—Bien, bastante gente. Asistieron los padres y los dos hermanos de Danny.

—¿Ha oído algún comentario?

—El padre de Danny piensa entablar una acción legal contra los dos policías.

—Encontraron el arma con que se cometió el asesinato en el coche de Danny —alegó Pevney.

—Albert Harding jura y perjura que Danny jamás poseyó una pistola automática, y menos con silenciador. El arma que Danny llevaba a veces, no siempre, era un «Smith & Wesson» calibre 38. No hay motivos para dudar de esa declaración, ¿verdad?

—Teóricamente, no, pero...

—Usted no lo cree.

—Hay dos coches deportivos más en Marston Calder. ¿Por qué ir directamente al de Danny?

Edna se quedó parada.

—Es cierto, no había pensado en eso —contestó.

—Y Anders dijo haber encontrado el arma homicida, pero ¿cómo sabemos que no la puso él dentro del coche, mientras su jefe discutía con Danny dentro del bar?

—¿Piensa que pudo ser Anders el autor del crimen?

—Edna, una cosa es segura: Boone puso la dinamita en mi coche. Estaba dispuesto a hablar, pero no le dieron tiempo. Todo lo

demás, por ahora, son puras especulaciones.

—Sí, tiene razón.

—Pero hay, me parece, un testigo importante.

—¿Quién, Kim?

—La *barmaid* de Marlin, esa chica que hablaba con Danny cuando se produjo el jaleo.

—Ah, Chloe Corbett.

—¿La conoce usted?

—No se puede decir que seamos íntimas amigas, aunque sí charlamos alguna vez. Danny le gustaba —declaró Edna.

—En tal caso, ellos solían hablar con frecuencia.

—Sí, casi todas las noches. Chloe se paga los estudios con el sueldo que le da Marlin. La vida nocturna en Marston Calder es poco activa. Por esa razón Danny iba al bar muchas noches, cuando ya no quedaba casi clientela. Algunas noches incluso acompañaba a Chloe a su casa.

—El disparo fatal se produjo poco después de las once. Sería interesante saber si Danny estaba a esa hora en el bar de Marlin —dijo Pevney.

* * *

Edna abrió mucho los ojos.

—Chloe podría probar la coartada de Danny —exclamó.

—Justamente.

—Entonces... fue un asesinato...

—Cometido para cargar las culpas sobre un inocente, Edna.

La muchacha calló un momento.

—Pevney, ¿qué pasa aquí? —preguntó, al cabo.

—Yo diría más bien que se trata de la lucha de dos bandos, lucha sorda y no declarada, pero que en cualquier momento puede estallar de manera abierta.

—Los Harding contra Phoebe Marston.

—Sí.

—Él odia a la vieja, lo sé. Phoebe no quería que se casara con la madre de la otra Phoebe, es decir, con su nieta, Lana Davies. La vieja hizo todos los posibles por deshacer el proyecto de matrimonio, y lo consiguió. Harding no se lo ha perdonado jamás.

—En ese asunto, la culpa, me parece, es de todos. Sospecho que Harding es más débil de lo que quiere aparentar. La madre de Phoebe debió de sentirse resentida por las reticencias de Harding. Y, naturalmente, la vieja también puso lo suyo. Pero lo sorprendente de todo es que Harding no es el padre de Phoebe Talmadge.

Edna casi dio un salto en su silla.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Pevney sonrió.

—Me lo ha dicho la propia Phoebe Marston —contestó—. Y, supongo, sus razones tendrá para saberlo.

—Increíble —murmuró Edna—. Todo el mundo, en Marston Calder, tiene la absoluta seguridad de que Harding es el padre de Phoebe.

—El padre es otro. En este aspecto, al menos, la vieja ha sido sincera.

—¿Lo sabe su biznieta?

—Tengo la sospecha de que a Phoebe no le importa en absoluto quién pueda ser su padre. Además, tiene un amante.

Edna se puso las manos en la cara.

—Fantástico —comentó.

—También me lo ha dicho, Edna. Ha sido una conversación muy instructiva, créame.

—Me gustaría haberla escuchado —confesó Edna, sonriendo.

—Se lo contaré en otro momento con todo detalle. Oiga, hay algo que he pasado por alto durante estos días... ¿Quién llamó por teléfono para reservar mi habitación en el hotel? Usted dijo que había sido yo, pero le aseguro que...

—No tengo la menor idea, Kim. En aquellos momentos di por sentado que había sido usted.

Pevney meneó la cabeza

—Tal vez Hall... o Crown... En fin, es un detalle sin importancia. Mañana hablaré con Harding —decidió, de pronto—. Hoy no me parecería prudente, aparte de que, bien mirado, no tengo autoridad para hacer preguntas a nadie.

—A Harding le agradaría cooperar con quien fuese, con tal de hundir al jefe Botts. Y no digamos a Tom Anders.

—Anders es solo un ejecutor de ciertas órdenes, un sujeto que no

piensa ni tampoco tiene ganas de pensar. En este mundo en que vivimos hay muchos Tom Anders, Edna —dijo él, melancólicamente.

Un fuerte estruendo se oyó, de pronto, en el exterior. Pevney volvió la cabeza maquinalmente.

—Por lo visto, la muerte de Danny no es bastante para parar las fiestas —dijo.

—Ni un cataclismo lo conseguiría —sonrió Edna—. En realidad, las ferias anuales de Marston Calder tienen una merecida fama, y vienen forasteros en gran número, aparte de las atracciones y espectáculos diversos. Verá usted pasado mañana, cuando el general dispare el cañón, para dar comienzo a las fiestas. En la plaza no cabrá literalmente lo que se dice un alfiler.

—Sí, será cosa de verlo —convino el joven, con una sonrisa—. Edna, hay una cosa que me ha extrañado casi desde el primer día, y no encuentro una explicación. No hay negros en Marston Calder.

—Solo los hubo cuando existía la esclavitud. Una vez que dejaron de ser esclavos, se expulsó de la ciudad a todos los que había. Tengo entendido que fue una especie de orgullosa reacción de los ciudadanos blancos. Marston Calder, naturalmente, fue ocupado por las tropas del Norte, y quedó bajo mando militar durante una larga temporada. Los militares nordistas podían abolir la esclavitud, pero no impedir al consejo municipal que permitiese vivir aquí a quien no le pareciese digno de ello.

—De modo que los echaron.

—Y la prohibición sigue. Los sucesivos consejos municipales han seguido esa regla de un modo tajante. En cien años no la han aliviado ni una sola vez.

—Así se han librado de problemas raciales —sonrió Pevney—. Si no hay enfermo, no hay enfermedad.

Edna lanzó una risita. La charanga, precedida por las *majorettes* que desfilaban, se había alejado ya.

—¿Qué me dice usted del millón de dólares del general? —preguntó Pevney, de sopetón.

—Se habla mucho de ese dinero, pero nadie lo ha visto, Kim.

—¿Cuál es su opinión personal, Edna?

—El general fue un héroe, según cuenta la historia. Pero si no lo fue, y el dinero es tan real como el valor del general...

Era una respuesta llena de malicia y escepticismo. Pevney fijó la vista unos segundos en el rostro de Edna. Una muchacha alegre, llena de vitalidad, honesta y sincera.

—Quizá el dinero sea más auténtico que el valor del general —contestó.

—Pero, entonces, ¿dónde está?

Pevney suspiró.

—Temo que habré de ir a Placid Bend en otra ocasión, aunque no de día —respondió.

CAPÍTULO XI

Anders estaba dentro de su coche, simulando leer una revista gráfica. Cuando quiso darse cuenta, Pevney abría ya la puerta del automóvil.

Pevney sonrió, al sentarse junto al policía.

—Hola, Tom —dijo.

Anders le miró atravesadamente.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó, con acento de mal humor.

—Hablar con usted. ¿O no se da cuenta, Tom?

—Es que no tenemos nada que hablar...

—Las opiniones difieren —sonrió . Pevney—. Además, hablando, el tiempo pasa más rápido. Usted debe aburrirse mucho, vigilándome continuamente.

Anders contestó con un gruñido. Pevney le ofreció un cigarrillo, que el otro rechazó con gesto brusco.

—No es un soborno —rio el joven—. ¿Qué tal durmió la noche en que disparó contra Danny Harding?

—Cumplí con mi deber, simplemente. Era un arrestado que escapaba. Además, el jefe me ordene hacer fuego. No tengo nada de qué reprocharme —contestó Anders, hoscamente.

—Quizá la familia Harding piense de otro modo. Tom, usted es solo un peón en un juego muy peligroso. ¿No ha sabido advertirlo? Están jugando con usted y, cuando no lo necesiten, lo arrojarán a un lado sin el menor remordimiento. Como hicieron con Lom Boone.

—Salga del coche. Salga o no respondo de mí.

Pevney rio suavemente.

—El jefe Botts se precipitó en la acusación. Ni siquiera preguntó a Chloe Corbett cuánto tiempo llevaba Danny hablando con ella. Simplemente, como un búfalo enfurecido, bajó la cabeza y arremetió contra Danny, sin preocuparse de otra cosa que de lanzar su acusación, sin mirar que el acusado podía tener una coartada. Pero todavía falta algo más importante, Tom.

La cara de Anders estaba llena de minúsculas gotitas de sudor.

Implacable, Pevney continuó:

—Me refiero al arma con la que se cometió el crimen. El señor Harding jura solemnemente que Danny jamás poseyó una pistola automática, y menos con silenciador. Danny tenía un «Smith & Wesson» calibre 38.

—La pistola estaba en el coche...

—¿Quién la puso allí, Tom?

Anders se ahogaba. Pevney volvió a reír.

—Piense bien —insistió—. Recuerde a Boone. También resultó ser un juguete en manos de ellos. Una especie de cochecito de cuerda, y cuando se le acabó esta, que fue cuando a ellos les convino, se paró.

Pevney abrió la portezuela. Antes de apearse, miró al policía, que estaba lívido.

—Piénselo bien, Tom. Danny podía haber presentado una coartada, pero el jefe Botts no se lo permitió siquiera —se despidió.

Cerró la puerta. Apenas un segundo más tarde, Pevney oyó el rugido del motor. Anders arranco como una centella, y desapareció de allí en contados instantes.

Sonriendo, golpeó un cigarrillo contra la uña del pulgar.

Anders iba a ver a su jefe. Le pediría explicaciones. Sí, había conseguido impresionarlo y hasta ponerle nervioso que, precisamente, era lo que deseaba.

* * *

Pevney regresó al hotel.

—Chloe no ha ido al bar todavía —dijo.

Edna le miró con expresión preocupada.

—Esa chica no está bien todavía —contestó.

—Son cerca de las once de la noche. Me gustaría hablar con ella, pero temo no ser recibido en su casa

—¿Quiere que le acompañe?

Pevney sonrió.

—A decir verdad, no me atrevía a pedirselo, Edna —manifestó.

—Magnus se quedará hasta que llegue el conserje de noche —dijo ella—. De este modo, no se perderá en el camino hasta la casa de Chloe.

—¿Está muy lejos?

—Vive en las afueras, hacia el este. La casa es de su tía, hermana de sus padres, quien la prohió cuando Chloe se quedó huérfana. La tía vive de una pensión, por su esposo, que fue empleado del Gobierno. Pero Chloe es bastante independiente, y se puso a trabajar para no resultar demasiado gravosa a su tía, mientras termina sus estudios.

—Ya entiendo. ¿Qué estudia, Edna?

—Secretariado e idiomas. Una vez me dijo que en Dallas había oportunidades para una buena secretaria, pero que no quería ir allí mientras no lo fuese. Usted ya me comprende, Kim.

—Sí, Edna.

—Colocarse de simple mecanógrafa es fácil, pero Chloe quiere algo más.

—Muy lógico.

El coche rodaba a marcha moderada en la dirección señalada por Edna. Minutos más tarde avistaron la casa donde vivía Chloe.

—Ahí es —dijo la muchacha.

Pevney detuvo el coche. Había luz en una de las ventanas de la casa.

—Todavía están levantadas —dijo, aliviado.

—Seguramente, la tía de Chloe se ha quedado viendo la televisión. Así vigila a su sobrina hasta que se sienta mejor.

Pevney y Edna cruzaron el pequeño jardincito que rodeaba la casa. Edna tocó el timbre.

Nadie contestó. Edna llamó un par de veces más, y luego, impaciente, se movió unos pasos en sentido lateral, y miró a través de la ventana.

—La tía de Chloe se ha dormido —exclamó.

Pevney se acercó a la ventana. Había una mujer de edad sentada en un sillón, con la cabeza doblada sobre el pecho.

De pronto, Pevney vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—Edna, si esa mujer se ha dormido, no lo ha hecho voluntariamente —exclamó.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la muchacha.

Pevney tanteó el bastidor de la ventana, y lo levantó.

—Vamos a entrar en una casa sin el permiso de su dueño —dijo.

Así lo hizo, y Edna le siguió en el acto. La anciana continuó en

la misma postura.

—Empiezo a tener miedo —confesó ella.

—Hay motivos para tenerlo —respondió Pevney.

La tía de Chloe respiraba con cierta regularidad. Pevney rozó con las yemas de sus dedos la hinchazón que tenía sobre la sien derecha, y de la que habían brotado algunas gotitas de sangre. Esto era lo que había llamado su atención al mirar desde la ventana.

—El atacante llegó por detrás, entrando, probablemente, por la puerta de la cocina —especuló—. Por eso el golpe está en el lado derecho de la cabeza, cosa que no hubiera ocurrido de haber atacado de frente. ¿Lo comprende ahora, Edna?

—Sí, pero, ¿dónde está Chloe? —preguntó ella, nerviosísima.

Pevney miró hacia la escalera que conducía al piso superior.

—En su dormitorio, supongo —contestó—. Y espero viva todavía.

Edna sintió un escalofrío de horror.

—No puede ser, no pueden...

—Edna, en Marston Calder hay algunos para los que la vida humana, al menos ciertas vidas, carecen de la menor importancia.

Pevney echó a andar hacia la escalera. Ella le seguía, temblando de miedo, porque presentía lo peor.

En el piso superior había varias puertas. Una de ellas estaba abierta. La luz del cuarto se veía encendida.

Pevney llegó ante la puerta, y terminó de abrirla. Chloe estaba sentada en su cama, apoyada en un par de gruesos almohadones, y con un libro sobre el regazo, sostenido apenas por una sola mano.

La muchacha le miraba fijamente, con los ojos desmesuradamente abiertos, vidriados en su última mirada de horror. Sobre el caballete de la nariz, entre las cejas, había un negro agujerito, del que había manado la sangre, corriendo por la cara, la barbilla y la garganta, hasta esconderse en el pecho, bajo el camisón.

Edna chilló. Pevney giró en redondo y la apartó de la puerta.

—¡No mire! —ordenó.

La muchacha se tapó la cara con las manos.

—Pobre Chloe, pobre Chloe...

Pevney rodeó con un brazo los hombros de Edna, y la empujó hacia la escalera.

—Tenemos que avisar a la policía —dijo, ceñudo—. Aunque, bien mirado, es probable que alguno de sus miembros conozca ya él crimen.

Edna lloraba silenciosamente.

—Chloe no se merecía morir de esa manera —gimió.

—Era una boca que había que cerrar —dijo Pevney, implacable.

Momentos después, había llamado a la policía y a un médico. Luego se encaró con la muchacha.

—Edna, preste atención. Estamos aquí porque usted me dijo que quería visitar a Chloe para consolarla y animarla, en vista de que no había acudido a su trabajo. Usted me pidió que le acompañara... No, mejor dicho, yo me ofrecí a acompañarla; dada la hora, y en vista de que nadie nos contestaba, entramos por la ventana. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Ella asintió.

—Sí, Kim, así lo declararé, cuando me interroguen —prometió.

* * *

A los músicos de la charanga y a las *majorettes* que desfilaban con ellos no les importaba lo ocurrido la víspera. Pevney contempló el desfile casi con disgusto.

Se apartó de la ventana. Luego echó un vistazo al periódico local, en cuya primera página, con grandes titulares, se daba cuenta del crimen cometido la víspera.

Había un editorial en tal sentido, muy duro. El periodista atacaba a fondo a las autoridades policiales de Marston Calder. A Pevney le agradó mucho el tono del editorial. El periodista se preguntaba hasta cuándo iba a seguir la racha de crímenes, que parecían ejecutados por alguien que tenía intención de convertir a la ciudad en una Chicago de los años 30.

Pero lo que más le gustó fue cierto párrafo en el que, con bastante claridad, se aludía a la situación:

«Las vidas de los ciudadanos de Marston Calder no deben ser inmoladas en el altar de la fama de cierto héroe local. No vivimos en un país salvaje y bárbaro, cuyos ídolos exigían sacrificios humanos; vivimos en un

país civilizado, en el que la verdad y la dignidad son elementos que deben prevalecer sobre todos los demás, sin consideraciones para quienes atenten contra ellos».

Pevney aplaudió íntimamente al autor del artículo, había más de uno, se dijo, que opinaba lo mismo que él acerca del general.

CAPÍTULO XII

La secretaria devolvió la tarjeta.

—Lo siento, el señor Harding no desea recibirle, señor Pevney —dijo.

—Pero, señorita...

—Le ruego no insista. Las órdenes del señor Harding son tajantes.

Pevney guardó la tarjeta maquinalmente.

—Gracias —dijo.

Giró sobre sus talones. Instantes más tarde, se hallaba en la puerta del edificio donde Harding tenía sus oficinas, y desde el que dirigía la marcha de sus negocios.

Vaciló unos momentos. De pronto, se le ocurrió una idea.

La redacción del Marston Calder Post no estaba demasiado lejos. Cinco minutos más tarde, estaba hablando con su director.

—He leído el editorial —manifestó, después de las correspondientes frases de presentación—. Me ha agradado mucho, señor Neale.

Frank Neale, menudo, de pelo entrecano y ojos vivaces, le miró con una sonrisita irónica.

—He oído hablar de usted, señor Pevney. En realidad, estoy bastante bien enterado de sus andanzas —dijo.

—Marston Calder no es demasiado grande —sonrió el visitante—. En tal caso, ya sabe cuál es el objeto de mi estancia en la ciudad.

—Sí, pero no lo conseguiré.

—¿Por qué, señor Neale?

El periodista se encogió de hombros.

—Demasiados intereses creados —respondió.

—Al parecer, la fama del general es intocable.

Neale soltó una risita.

—Una fama que creó él mismo, con la ayuda de algunos secuaces de confianza, para borrar ciertos hechos que no le favorecerían en absoluto —contestó—. Y, naturalmente, sus descendientes, pero sobre todo la Vieja de la Colina, han seguido

manteniendo esa fama.

—¿Cuáles son los hechos que, en su opinión, la desvirtúan?

—La batalla de Thunder Gulch. En modo alguno sucedió como cuentan los libros de historia.

—Entonces, no hubo victoria, sino derrota.

—Casi, ni combate siquiera. Al general le preocupaban, en aquellos momentos, otras cosas más que luchar contra los nordistas.

—¿Por ejemplo?

—Un millón en oro.

—Para, seguramente, rehacer sus maltrechas finanzas, después de una guerra cuyo final se adivinaba inminente.

—Sí, claro.

—Entonces, ese dinero no se gastó.

—No hay memoria de que en Marston Calder se vieran muchas monedas de a cincuenta dólares después de la guerra. Se dice que el general lo había escondido para ayudar a sus muchachos en la paz, pero que era preciso esperar algún tiempo, a fin de que los nordistas que ocupaban la comarca no reclamasen ese dinero. El tiempo fue pasando, pasando...

—Y el dinero no se repartió.

—Exacto.

—Es decir, está en alguna parte.

Neale se encogió de hombros.

—Yo no lo sé, aunque sí me gustaría que se encontrase. Sería una buena historia para mi periódico —respondió.

—Comprendo. Señor Neale, ¿cómo pudo atribuirse el general la victoria en Thunder Gulch?

—Muy sencillo: los nordistas se dieron cuenta, dado el terreno, que podían caer en una trampa. En consecuencia, se retiraron, tras unas ligeras escaramuzas sostenidas por las patrullas de exploración de ambos bandos. Pero el general ya se había retirado previamente con su escolta, compuesta por media docena de soldados absolutamente fieles, dejando con la fuerza a su segundo en el mando.

—¿Cómo lo sabe usted?

Neale sonrió.

—El segundo comandante de la brigada Marston era el coronel Neale, padre de mi padre —respondió.

—Asombroso —califico Edna.

—¿No sabía usted que el abuelo de Neale había sido oficial con el general Marston?

—No. La verdad, me preocupa muy poco lo que sucedió hace cien años. Yo no vivo anclada en el pasado, como les ocurre a algunos.

—Hay mucho de interés en ese mirar continuamente al pasado, Edna.

—Sí, empiezo a darme cuenta. Quizá la fama del general interesa solo a Phoebe Marston, quien es la que mantiene el culto al ídolo en que se convirtió su padre. Y si algunos han colaborado en esa ficción es por puro interés personal, como usted dice. La feria anual sufriría un duro golpe, si se conociera la historia completa. Ya no vendrían a ver al general disparando su cañón, ni acudirían forasteros...

—Eso es un error, Edna. La feria anual de Marston Calder ha adquirido ya la suficiente fama para atraer a la gente lo mismo, aunque se divulgue por completo la verdadera historia del general. El disparo del cañón es un número más de las fiestas, simplemente. El prestigio de la feria no se verá afectado por lo que pueda ocurrir en otros aspectos, ¿comprende?

—Tal vez tenga usted razón —sonrió Edna.

—Pero en este asunto, lo que verdaderamente interesa es el millón de dólares en oro. Además, son monedas de hace más de cien años, lo que aumenta incluso su valor. Para Phoebe Marston, a su edad, el dinero puede no tener ya ningún valor. Sin embargo, otros no piensan lo mismo.

—¿Por ejemplo...?

—El que hizo asesinar, o asesinó, a Wareton, a Hall, a Crown, a Boone y, hasta ahora, si no hay más muertes, a Chloe Corbett.

Edna cerró los ojos.

—Nunca podré olvidar esa espantosa visión —dijo.

—El asesino está dispuesto a todo, Edna, téngalo en cuenta. Y dispone de poderosos apoyos.

—Botts —adivinó ella.

—Indudablemente.

—Pero ¿por qué ese interés en el oro ahora, al cabo de tanto tiempo? ¿No le parece que han pasado ya demasiados años para que alguien no haya encontrado, y gastado, ese oro?

—Es probable, pero si fuera así, los crímenes no tendrían explicación.

—Quizá —admitió ella, meditabunda—. Kim, ¿qué le ha dicho Harding?

—Nada, no ha querido recibirme.

—¡Qué raro! —se extrañó la muchacha.

—No lo vea así. Dejando el oro a un lado, el asunto se centra ahora en la cuestión de influencias, esto es, en conseguir el poder en Marston Calder. Harding lucha contra otros intereses creados, para, precisamente, crear los suyos. No vaya a pensar que lo hace por altruismo, Edna.

—Es mi jefe, Kim —le recordó ella.

—Sí, pero si consigue derrotar al otro bando, el poder y la influencia en la ciudad serán suyos.

—Le han asestado un golpe muy duro.

—Los golpes se asestan siempre donde más puede doler al enemigo. Danny podría tener sus defectos; no payamos ahora a convertirle en un santo solo porque haya muerto. Era hijo de Harding, y se aprovechaba de la situación. Pero le pegaron cuatro tiros, y eso cambia las cosas.

—La gente de la ciudad no se muestra muy conforme con lo que hicieron los policías. Hay muchos rumores, y ninguno favorable al jefe Botts ni a Anders.

—Hablando claro, fue un asesinato. ¿Por qué Botts no empezó preguntando a Danny cuánto tiempo llevaba en el bar de Marlin? No, simplemente, empezó acusándolo de la muerte de Boone, sin más explicaciones, solo porque Danny posee un coche deportivo europeo. Pero hay dos más en Marston Calder.

Edna entornó los ojos.

—Adam O'Hara posee uno —dijo.

—Y Darryl Clubagh tiene otro.

Hubo un momento de silencio. Luego, Edna preguntó:

—Kim, ¿qué piensa hacer usted ahora?

Pevney sonrió, muy divertido al parecer:

—Echar miguitas a los peces —contestó.

* * *

—Parece que se siente muy aburrido —dijo Phoebe Talmadge, al acercarse al estanque, junto al cual se hallaba el forastero.

—Hace una buena tarde. Tenía ganas de dar un paseo. Por otra parte, Marston Calder es una ciudad muy ruidosa en estos días.

—Tiene razón. Aquí se goza de paz y tranquilidad, al menos durante las horas diurnas.

—Si tuviese dinero suficiente, le compraría la posesión —dijo Pevney.

—No está en venta, Kim.

—Ni la dueña tampoco.

Phoebe entornó los ojos.

—Prefiero pasar por alto esa grosería —contestó.

—Era solo una metáfora. Usted solo se daría a un hombre si lo amase plenamente, aunque fuese un mendigo.

—Así es, aunque todavía no he encontrado uno mi medida. ¿Cree que usted podría serlo?

—¿Yo? —Pevney se echó a reír—. Solo soy un mediocre escritor de cuentos policíacos e historiador aficionado. No soy el hombre que usted necesita.

—En su opinión, ¿qué cualidades debería tener ese hombre?

—Fuerte, audaz, emprendedor, con voluntad de hierro... capaz de derribar todos los obstáculos que se opongan a sus planes. Yo no soy así, Phoebe, se lo aseguro.

—Kim, creo que se subestima a sí mismo —dijo ella.

—No lo crea; precisamente porque me conozco bien sé que no soy el hombre de su vida.

—Demasiado modesto... o demasiado astuto para fingir una modestia que no siente en realidad —comentó Phoebe.

—Son opiniones, claro. Y, a propósito, ¿cuál es la suya, referente a la muerte de Danny Harding?

—¿Por qué me pregunta por alguien que no me interesa en absoluto, ni muerto ni vivo?

—Era su hermano.

—¡No lo era! —contestó ella, con vehemencia.

—Albert Harding es su padre.

Los ojos de Phoebe chispearon.

—Kim, ¿quiere dejar de molestarme, mencionando a esa familia de canallas?

—Lo siento. Solo quería observar sus reacciones.

—¿Con qué objeto?

—Estuve hablando con su bisabuela. Ella fue quien me dijo que Harding no es su padre.

—Esa maldita charlatana —dijo Phoebe, furiosa.

—Usted lo sabía —acusó Pevney.

Ella guardó silencio durante unos instantes.

—Lo sabía —insistió él.

—Está bien. ¿Y qué importa? Harding no es mi padre, y ni lo lamento, ni dejo de lamentarlo. Mi padre no se ha ocupado de mí en todos los días de su vida. Excepto lo que hizo mi madre por mí durante la infancia, todo lo que tengo me lo he ganado a pulso, por mi misma, sin ayuda ajena. Nada debo ni nada me deben. ¿Lo entiende de una vez?

—Sí, aunque no debe excitarse por ello. Sin embargo, ha admitido continuamente la ficción de que Harding era su padre. Algún motivo habría, ¿no?

—Kim, está perdiendo puntos en mi estimación —dijo Phoebe, con voz glacial.

—Lo siento, pero ello no me impedirá seguir en mi búsqueda de la verdad.

—¿Tan importante es para usted la verdad?

Pevney había estado sentado hasta aquel momento.

Se puso en pie, y dirigió una larga mirada a su interlocutora.

—Phoebe, yo había decidido escribir una historia sobre los hechos y hazañas del general Marston. Al investigar, me encontré con algunas contradicciones entre lo que se decía y lo que realmente había hecho. Ello picó aún más mi curiosidad, como puede comprender.

»La fama del general no me importaba demasiado, me interesaba la verdad. Y como en aquellos momentos yo tenía bastante trabajo, envié a uno de mis colaboradores, Walt Wareton, a fin de que fuera dando los primeros pasos en la investigación histórica. A alguna persona no le convenía que se conociera la verdad, y Wareton

desapareció. No solo era mi colaborador, sino también mi amigo. ¿Comprende ahora por qué me interesa tanto la verdad, sin importarme nada si el general fue un héroe o un personaje corrompido, traidor y cobarde, como usted misma dijo en cierta ocasión?

Phoebe parecía muy agitada, con dos rosetones en las mejillas. Su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Conocer la verdad puede cegar; a veces, sumir a una persona en las tinieblas eternas —dijo. Giró sobre sus talones y se alejó con paso rápido hacia la casa.

Pevney sonrió. Lentamente, se encaminó hacia su coche.

Había sido una conversación de resultados altamente positivos.

CAPÍTULO XIII

El bar de Pete Marlin estaba casi desierto. La animación había decaído considerablemente. Pevney removía el azúcar en su taza de café, con aire distraído

El último cliente se marchó. Pevney y el dueño del bar quedaron solos.

—Pete —llamó el joven.

Marlin acudió, frotándose las manos con un paño.

—Sí, señor. Son cincuenta centavos...

—No me refería al importe de la consumición. Quiero hablar con usted. Si no le molesta, claro.

—Me fastidia bastante —dijo Marlin, rudamente.

—¿No le gustan los forasteros?

—Los entrometidos, no.

—Usted tenía una empleada. La han asesinado.

—¿Cree que no lo sé?

—Solo quería conocer su opinión acerca del crimen.

—No tengo ninguna opinión, señor Pevney.

—Pete, ¿quién le ha ordenado cerrar la boca?

Fue una pregunta directa, certera. Marlin lanzó una rotunda interjección.

—Maldita sea, a mí nadie me...

—Entonces, ¿por qué no hablamos del asesinato de Chloe?

—Se lo diré claramente: porque tengo un miedo espantoso, y quiero seguir viviendo, ¿Comprende?

—¿A quién teme, Pete?

—Deme los cincuenta centavos y lárguese. O váyase sin pagarme; el precio de una taza de café no me arruinará. Estoy cansado y quiero cerrar.

—Sí, Pete.

Pevney puso una moneda sobre el mostrador y se apeó del taburete.

—Alguien me dijo que Marston Calder era una ciudad dominada por el terror. Tenía razón —comentó.

Marlin seguía guardando un obstinado silencio. Pevney sonrió.

—Y al que me dijo eso, yo le contesté que la ciudad era como una caldera llena de agua hirviendo y con la tapadera puesta. Una de dos: o se levanta la tapadera o la caldera explotará. Procure que no le alcance la explosión, Pete —se despidió.

Anders estaba a pocos pasos de distancia, cerca de su coche. El joven se le acercó.

—Voy al Olympus Hotel —anunció.

Y echó a andar, silbando y con las manos en los bolsillos,

* * *

El conserje de noche del Olympus le miró recelosamente.

—Sí, recuerdo perfectamente al señor Wareton —contestó a la pregunta del forastero.

—Estaba alojado aquí. ¿Qué día y a qué hora desapareció?

—No lo sé. Yo...

—A usted le tocaba el turno de día, aquella semana. Me he informado bien. Los conserjes de este hotel se turnan para cumplir su servicio alternativamente por el día o por la noche. Por tanto, toda excusa que quiera darme acerca de ese asunto resultará falsa. Responda a mi pregunta, por favor.

—Usted no es policía —dijo el hombre.

—Lo que significa que su conciencia no está tranquila.

—Simplemente, no tengo obligación de contestar a preguntas que me formulen sin autoridad para ello

—Está sudando —sonrió Pevney—. ¿A quién teme?

El conserje lanzó una maldición.

—¿Por qué no se larga y me deja en paz?

—Ya me voy, hombre, ya me voy —exclamó Pevney, jovialmente—. Pero hay una pregunta a la que sí me puede contestar. ¿Qué fue del equipaje del señor Wareton?

—Se lo llevó la policía cuando anunciaron...

Pevney se percató de la súbita interrupción del conserje.

—¿Qué anunciaron? —inquirió, con la sonrisa en los labios.

—El jefe Botts vino y dijo que se hacía cargo del equipaje del señor Wareton. Ya no sé más.

—Y usted dejó que se lo llevarsen, sin saldar siquiera la cuenta

del hospedaje.

—¿Por qué no le pregunta eso al señor Clubagh? Él es el gerente del hotel, y quien se tuvo que entender con el jefe Botts. Yo soy solamente un empleado, y no quiero líos, ¿comprende?

—Le comprendo muy bien, amigo. Adiós.

Pevney sonrió una vez más.

Salió del hotel. El automóvil de la policía estaba parado frente a la entrada. Pero había una variación

Botts estaba junto a su subordinado. Pevney decidió abordar la cuestión de frente, sin subterfugios.

Cruzó la acera y se acercó a los policías.

—Quiero hablar con usted, jefe Botts —anunció.

—Puede hacerlo —respondió el hombre tranquilamente—. ¿De qué se trata?

—Del equipaje de mi amigo Walt Wareton.

Los ojos de Botts se achicaron todavía más.

—Se lo envié a su residencia en Dallas —contestó.

—¿Por qué?

—Él me lo pidió por teléfono. Dijo que había tenido que salir urgentemente...

—¿Sin abonar siquiera la cuenta del hotel?

—Me dijo que ya se entendería con el gerente. No me preocupé de más, Pevney.

—Todo eso estaría muy bien, e incluso sus respuestas podrían considerarse enteramente lógicas, si no fuese por un pequeño detalle. ¿Se lo digo?

—Hágalo —contestó Botts, desafiante.

—El equipaje de Wareton no llegó jamás a su residencia en Dallas. Buenas noches.

Pevney echó a andar, sin volver la vista atrás una sola vez.

Anders lanzó un juramento, y echó mano a la pistola. Botts contuvo su gesto.

—Calma —dijo—. Ya encontraremos el modo de deshacernos de él sin comprometernos. Danny tenía un arma, y todos lo sabían, pero con este maldito curioso no podríamos excusarnos de la misma manera.

—Algo tenemos que hacer, y muy pronto, jefe —rezongó Anders—. O, como le dijo antes a Marlin, la caldera explotará y la

explosión nos pillaré de lleno a todos nosotros.

—¿Eso le dijo Pevney a Pete?

—Sí, se lo pregunté, después de que salió de su bar. Luego le avisé a usted...

Botts soltó una risa baja y siniestra.

—Antes de que explote esa caldera, Pevney se habrá cocido en el agua hirviendo de su interior —dijo.

* * *

Pevney volvió muy tarde al hotel, y bastante cansado. Se tendió en la cama a dormir, y ya no se enteró de nada, hasta que sintió un fuerte golpe en la cabeza.

Gruñó algo y se agitó. Unas manos le pusieron sobre la boca una tira de cinta adhesiva. El dolor del golpe le había quitado todas sus fuerzas.

Vagamente, notó que le ponían sus ropas. Quería resistirse, pero le era imposible.

Luego sintió que lo sacaban en volandas. ¿Dos, tres hombres?

Todo daba vueltas a su alrededor. Pudo darse cuenta de que salía del hotel, y el terror invadió su mente.

¿Era así como había desaparecido Wareton?

El aire fresco de la madrugada le despejó un poco, aunque la frente le seguía latiendo dolorosamente. Momentos después, sintió que le dejaban en pie en cierto lugar, a cuatro pasos de la estatua del general.

Unas fuertes manos echaron sus brazos hacia atrás. Algo ligó sus muñecas y tobillos de un modo peculiar. De un modo vago, se dio cuenta de que el cielo clareaba ya hacia el este.

Alguien dijo:

—Está bien, lárguense.

Sonaron pasos precipitados. Alguien le destapó la boca. Detrás de Pevney sonó una voz, un tanto gruesa, de tonos artificiosos, empleados deliberadamente para ocultar la identidad de su dueño:

—Pevney, ¿me oye usted?

—Sí —contestó el joven—. Pero... ¿por qué me han traído aquí?

Sonó una risa de tonos bajos, siniestros.

—Va usted a rendir al general el mejor homenaje que podía

soñar: el homenaje de su propia vida —contestó el individuo.

CAPÍTULO XIV

Estaba en pie, con los hombros y las piernas hacia atrás, de modo que su cuerpo se curvaba en una C invertida, debido a la tensión de las cuerdas que le sujetaban a la cureña y a las ruedas del cañón. Aunque se esforzó por separar el cuerpo de la boca de la pieza, no lo consiguió.

Otra sogá, pasada en torno a la cintura, le sujetaba férreamente, atada al propio remate de la boca del cañón, más ancho que el tubo. «La trampa —pensó Pevney— no había podido ser realizada con más éxito.»

—Y ahora pegará fuego a la mecha, ¿no? —dijo.

El hombre contestó:

—No. Yo me iré ahora. Naturalmente, nadie debe verme aquí cuando se dispare el cañón. Me bastará con oír el ruido.

—Entiendo. ¿Pero qué pensarán...?

—¿Podrá importarle a usted mucho lo que piensen los otros, después de muerto?

—Evidentemente, no.

—Celebro su comprensión. Pero ha de darse cuenta de que no puedo permitir que siga adelante con sus investigaciones.

—Y por eso ha cometido un puñado de crímenes, empezando por la muerte de Wareton.

—Tenía que hacerlo —dijo el otro hoscamente.

—¿Cómo lo mató?

—Bastó un solo golpe. Tenía un cráneo poco resistente.

—¿Y está enterrado...?

—En el cementerio, claro, bajo la inscripción de «hombre blanco no identificado muerto accidentalmente».

—Supongo que quemarían sus ropas y equipaje.

—Sí.

—Pero a mí me identificarán, es decir, a mi cadáver.

—No importa. Todo el mundo sospechará de otro

—¿De Harding?

—Justamente.

—Eso es absurdo. Harding no tiene nada contra mí.

—Pero pensarán que lo ha hecho para perjudicar a otros. En todo caso, recuerde que lo que suceda después ya no le importará a usted en absoluto.

—Vistas las cosas con esa perspectiva, tiene usted razón. ¿Cómo se le ha ocurrido este medio tan espectacular de eliminar a un individuo?

—Hace poco leí un libro de historia. Los ingleses ejecutaban así a los cipayos sublevados contra su dominio en la India, en 1857.

—Sí, lo recuerdo. Pero si usted no está para encender la mecha...

—El sol, amigo mío, recuerde el sol.

Pevney respingó.

—Pero el disparo no se efectúa nunca hasta la fecha de mañana —alegó.

—He modificado ligeramente el ángulo de reflexión del espejo cóncavo que hay en la vaina del sable. En fin, cuestión de estudiar un poco los horarios y la astronomía. El sol saldrá hoy un minuto y algunos segundos más pronto que mañana. Dentro de... exactamente doce minutos y nueve segundos. Y a los treinta segundos se producirá el disparo.

—Oiga, ¿qué me dice de lo que pasa cuando se quiere hacer el disparo inaugural de las fiestas y el cielo está nublado?

El otro no contestó. Acercándose por detrás, le colocó nuevamente un ancho esparadrapo sobre la boca, asegurándose de que quedase bien tapada. Dada su posición, Pevney no podía evitarlo.

Luego le dio una palmada en el hombro.

—Adiós, curioso.

Sonaron unos pasos rápidos. Pevney se quedó solo en la plaza.

Lanzó una mirada oblicua a todo lo largo de la calle Mayor. Las colinas rojas se veían hacia el este, al final de la amplia calle. Por allí saldría el sol, nueve minutos más tarde.

A los treinta segundos, la mecha se inflamaría. Aquel medio minuto era el tiempo necesario para que alcanzase su temperatura de combustión, al recibir los rayos de sol concentrados en el espejo cóncavo.

Levantó la vista, y miró hacia la estatua del general, casi con odio.

De pronto, oyó unos pasos ligeros.

La esperanza nacía en su corazón. Alguien se acercaba a la estatua.

* * *

Era una silueta menuda, frágil, que caminaba lentamente, apoyada en un bastón, cuyos golpes hacían el contrapunto a los tacones de los zapatos.

Pevney creyó que soñaba.

¿Qué hacía la anciana Phoebe Marston en aquel lugar, y tan temprano?

Phoebe no parecía haber advertido su presencia. Pevney gruñó algo, pero la cinta adhesiva era un remedio muy eficaz contra los gritos. Atónito, el joven vio a Phoebe subir al basamento y acercarse al pedestal.

La anciana llevaba un bolso en el brazo izquierdo, metió la mano derecha en el bolso y sacó algo. Pevney no lo pudo ver con claridad, pero oyó un tintineo metálico de sonido inconfundible.

El tintineo se repitió cuatro veces más. Luego, Phoebe, en silencio, dio media vuelta y se alejó.

Pevney sudaba. En todas aquellas operaciones habían pasado ya al menos cinco minutos.

Phoebe se perdió por una de las calles cercaras. El silencio en la ciudad era absoluto.

Pevney volvió a mirar hacia las colinas. Ya se veía un intensísimo resplandor. El sol estaba a punto de salir.

Cuatro minutos y algunos segundos más tarde, su luz habría alcanzado la suficiente potencia para encender la mecha. Entonces, se produciría el disparo, y Pevney volaría en mil pedazos.

¿Qué hacía Magnus, el conserje de noche del Lee Hotel?, se preguntó, desesperado. A aquellas horas, seguramente, estaría repantigado en un sillón, cómodamente dormido, descansando de la noche en vela, sin ocuparse de los clientes, que también dormían.

Bostezando aparatosamente, Edna, sentada en su cama, estiró los brazos un par de veces y se llenó los pulmones de aire. Luego, dándose golpecitos en la boca con la mano, se acercó a la ventana, descalza, rascándose el costado izquierdo de manera maquinal.

Miró a derecha e izquierda. Todo estaba tranquilo, no se veía aún un alma por las calles. Pronto, sin embargo, empezarían los jaleos: músicas, desfiles...

La estatua del general parecía de oro, al recibir los primeros rayos del sol naciente. El sable, en especial, despedía unos destellos extraordinarios. Era un bonito espectáculo, todo había que reconocerlo, pese a que detestaba al general y a cuanto representaba.

Entonces vio al hombre junto al cañón. Se debatía desesperadamente. ¿Por qué?

Edna sintió que se le ponían los pelos de punta. El sol ascendía cada vez más. Sus rayos llegaban ya a las piernas del general. Pronto llegarían a la vaina del sable.

De repente, agarró su bata y saltó por la ventana, descalza. No podía perder más tiempo.

Llegó junto al cañón. Los ojos de Pevney la contemplaron con alivio.

Ella le quitó el esparadrapo.

—¡Tape la mecha con la mano! —gritó él.

Edna hizo algo mejor: se quitó la bata y, en un puñado, la puso sobre la mecha, justo cuando los primeros rayos del sol incidían sobre ella.

—Kim, ¿qué le ha ocurrido?

—Me atacaron y me ataron aquí... El cañón está cargado...

—Pero solo se carga con pólvora.

—Debe tener algo más que pólvora, aunque ya no importa. Edna, ¿a qué milagro debo que haya despertado tan temprano?

—Siempre me despierto a estas horas. Hago un poco de gimnasia, y luego me visto. Me asomé a la ventana y le vi aquí...

Pevney suspiró largamente.

—Un error de cálculo del asesino —dijo—. Debió de haber estudiado a fondo las costumbres de la hermosa gerente del Lee Hotel.

* * *

—Edna, ¿qué sucede cuando el cielo está nublado y no se puede utilizar el sol para disparar el cañón?

—¿Por qué lo pregunta, Kim? —inquirió la muchacha, extrañada.

—Estoy viendo el barómetro. Marca tendencia a la baja. Puede que mañana amanezca nublado.

—Yo, ya comprendo. Bueno, en un caso así, alguien de importancia dispara el cañón. Hace algunos años lo hacía la propia Phoebe Marston, pero ahora ya es demasiado vieja para levantarse tan temprano y hacer el disparo inaugural de las fiestas.

—Conque demasiado vieja, ¿eh? —rezongó.

Pevney contempló los dos cañones desde la ventana de la salita de Edna. Las piezas flanqueaban la estatua, a siete u ocho pasos de distancia cada una, y algo hacia atrás.

—Es decir, si mañana no luce el sol...

—Probablemente, el alcalde será quien prenda fuego a la mecha —contestó Edna—. Algunas veces ha venido el propio gobernador del estado, pero más bien en período electoral, circunstancia que no se da ahora.

—Comprendo. Edna, puede tener la seguridad de que mañana se habrá solucionado el enigma.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—¿Usted cree? —exclamó.

Pevney contestó con una sonrisa de aquiescencia.

—Se lo garantizo —respondió—. Por cierto, esta noche voy a darme un baño nocturno.

—¿Un baño nocturno?

—Sí, a la luz de la lima, en Placid Bend.

Pasada la medianoche, Pevney salió por la puerta trasera del hotel. Subió a su coche, ya preparado en el callejón contiguo, y arrancó en el acto.

A los pocos momentos, se percató de que le seguían. Estaba preparado para ello.

Un puñado de tachuelas fueron a parar a la carretera. Segundos después vio detenerse los faros del coche que le seguía.

Lanzó una alegre carcajada. Ahora, sin temor a ser vigilado, aceleró a toda velocidad, sintiéndose enormemente divertido al imaginarse las maldiciones que debía de estar soltando Anders en aquellos momentos, doblemente furioso por haber sido engañado con el mismo truco por segunda vez.

Llegó a Placid Bend y se desvistió rápidamente. Ni siquiera le fue necesario nadar más de una docena de metros. Bajo las tablas del embarcadero que usaba Hall habitualmente había una bolsa de tela impermeable, sujeta por los extremos con unas puntas. La bolsa contenía un libro.

—Crown no me mintió —murmuró pensativamente, mientras empezaba a vestirse de nuevo.

Regresó a la ciudad, pero dio un rodeo enorme, de casi cincuenta millas. Quizá Anders estaba aguardando su vuelta en el mismo punto donde se había visto obligado a detenerse. Pevney no sentía ningún deseo de darle explicaciones.

* * *

El jolgorio y el estrépito eran enormes. Las bandas de música atronaban el aire. Las *majorettes* reían y bromeaban alegremente con el público. Botts y sus agentes se afanaban por mantener el orden.

El cielo estaba nublado, tal como había pronosticado Pevney. Por tanto, alguien encendería la mecha del cañón.

De pronto, bramó un altavoz:

—Damas y caballeros aquí presentes. En vista de las circunstancias y de que el general no podrá hacer el disparo inaugural, hemos solicitado de su anciana hija nos dispense el honor de encender la mecha de la pieza, cuyo trueno será la señal para que se inicien las famosas fiestas anuales de nuestra ciudad. La señora Marston, gentilmente, ha accedido a nuestra petición y... ¡Señoras y caballeros, aquí está mistress Phoebe Marston!

Una atronadora salva de aplausos acogió la presencia de la anciana, que caminaba apoyada en el brazo de Darryl Clubagh. El alcalde se adelantó y besó galantemente su mano. Botts y los policías saludaban rígidamente, mientras las bandas de música interpretaban *Dixie* el antiguo himno de los sudistas.

Había banderas de la Confederación por todas partes. El alcalde hizo una seña, y alguien trajo una vara con un trozo de mecha encendida en su extremo.

Phoebe tomó la vara y se acercó lentamente al cañón. Pevney contemplaba la escena desde la ventana, junto con Edna.

—La mecha, en estas circunstancias, es algo más larga de lo ordinario, a fin de permitir que el que la prende pueda alejarse del cañón, y evitar así un accidente desagradable —explicó la muchacha.

Se oyó un murmullo contenido cuando la mecha del cañón empezó a humear. Entre el alcalde y Clubagh retiraron a la anciana casi en volandas.

La multitud contenía el aliento. De pronto, Clubagh vio algo y lanzó un grito.

—¡No...!

Pero cuando daba el primer paso, sonó el cañonazo.

Una fuerza invisible dio en la estatua, que saltó en mil trozos en medio del asombro y la estupefacción de la muchedumbre. El general se ladeó, osciló con fuerza y acabó por caer al suelo, rompiéndose en pedazos.

Algo silbó oscuramente por encima de la ciudad, y fue a perderse en la lejanía. Pero, al mismo tiempo, miles de chispas de oro volaron por los aires.

—¡Cielos! ¿Qué es eso? —gritó Edna.

De repente, un hombre se agachó y recogió un disco amarillo caído sobre el césped que contorneaba a la estatua.

—¡Oro! ¡Son monedas de oro! —aulló.

Una tremenda estampida se produjo en el acto. La gente se arremolinaba frenética, pisoteando sin piedad los restos de la estatua. Se oían gritos, blasfemias, imprecaciones... Una mujer consiguió reunir casi dos docenas de monedas de oro, y las llevaba apretándolas contra su pecho, pero unos mozalbetes se arrojaron sobre ella y se las arrebataron sin piedad, rasgándole incluso las ropas. La mujer cayó, pataleando frenéticamente, despeinada, medio desnuda, sin que nadie hiciera caso de sus lamentos.

Había peleas y golpes por todas partes. En unos segundos, la pacífica y ordenada multitud se había transformado en una jauría de fieras, que se peleaban salvajemente por la posesión de uno de aquellos valiosos discos del áureo metal.

Botts y sus hombres eran impotentes para contener el tumulto. A duras penas, Clubagh consiguió arrancar a Phoebe de aquellas gentes enloquecidas, y llevarla hasta su coche, estacionado en una calle contigua.

Al cabo de un buen rato, la multitud se dispersó.

La plaza parecía un campo de batalla; prendas de vestir, zapatos, bolsos, sombreros y toda clase de objetos yacían abandonados por el suelo.

El pedestal aparecía vacío, sin su estatua. El caballo y el caballero eran un montón de irreconocibles fragmentos, dispersos por las inmediaciones del lugar en que habían permanecido durante años hasta entonces.

El griterío, sin embargo, duró largo rato. Eran muchos los que habían conseguido una o dos o incluso más monedas de oro, y alardeaban orgullosamente de ello. Nadie se explicaba lo sucedido, pero cientos de personas se sentían contentísimas del mejor principio de fiestas que había habido jamás en Marston Calder.

Pasado el mediodía, Pevney formuló una pregunta a la muchacha:

—Edna, ¿quiere presenciar el final del drama? Es decir, la solución del enigma.

Los ojos de Edna emitieron un destello singular.

—No le hubiera perdonado jamás que se hubiese olvidado de mí para esos momentos —contestó.

* * *

El vigilante abrió la verja sin hacer la menor objeción.

—La señora le aguarda, señor Pevney —dijo.

Pevney y la muchacha cambiaron una mirada. El coche siguió su camino, y se detuvo frente al edificio, cuya puerta se abrió casi en el acto.

—¿Por qué viene esa chica? —preguntó Clubagh.

—Es mi secretaria —contestó Pevney, sin pestañear—. O, mejor dicho, la sustituta de Walt Wareton.

Clubagh apretó los labios.

—Entren —dijo secamente.

Al pasar junto al hombre, Pevney sonrió.

—Harding vendrá enseguida —advirtió.

—¿Quién le ha dicho que...?

—Yo. Le mataron un hijo. ¿Lo recuerda?

Clubagh ardía en cólera, pero pudo dominarse. Pevney y la muchacha cruzaron el vestíbulo y entraron en el saloncito de

recibo.

Phoebe les miró con hostilidad. Pero se la veía muy cansada, como si las cosas de este mundo le importasen ya muy poco, calculó Pevney.

—¿Por qué lo hizo, señor Pevney? —preguntó ella.

—No vine yo a Marston Calder con la intención de destruir un ídolo, en el sentido literal de la frase —respondió el forastero—. Lo que yo quería era conocer la verdadera historia del general. Incluso estaba dispuesto a esperar algunos años; no quería herirla a usted en vida. Pero me hirieron a mí, matando a mi amigo. No me culpe de lo sucedido; culpe, en todo caso, a la corte que se ha congregado a su alrededor, y que se ha aprovechado tanto de su bondad como de su amor filial por el héroe. A ellos, esos sentimientos no les importaban en absoluto; solo querían una cosa: dinero. Y usted, estoy seguro, lo sabía, y no quería que se aprovecharan de una fortuna que el general guardó para sí, en lugar de devolverla a quien legalmente pertenecía: el pueblo de Estados Unidos, nordistas o sudistas. ¿Me equivoco, señora Marston?

Phoebe cerró los ojos y respiró hondamente.

—No, tienes toda la razón —confirmó—. Por supuesto, no quedaba el millón íntegro; el general gastó algo, unos cien mil dólares. Yo conservé el resto. Para aprovecharme de ese dinero, debería haberlo puesto en circulación, y entonces se hubiera conocido la verdad.

—Usted, de vez en cuando, sacaba unas monedas y las colocaba en el interior de la estatua, por una rendija que había en ella, junto a la articulación de la pata izquierda del caballo, con cierre automático por un muelle, de modo que nadie pudiera verla. ¿Fue Boone quien le hizo esa ranura?

Phoebe asintió.

—Sí, el dinero debía seguir allí por los siglos de los siglos... Pero usted destruyó la estatua...

—Quisieron matarme, atándome al cañón. Yo me limité a alterar un poco la posición de la pieza. Estaba realmente cargada, con una bala de hierro, que la destrozó al ser disparada —Pevney se volvió hacia el apoderado—. Usted lo advirtió, pero ya era tarde.

La cara de Clubagh aparecía deformada por la ira. Pero no dijo nada.

Pevney continuó:

—Por otra parte, la construcción de la estatua, dejando de lado el aspecto artístico, no era gran cosa en sí: mucha escayola y refuerzos de hierro por el interior. Un poco de barniz metálico, otro poco de pintura que imitaba el mármol por encima del barniz, y que se renovaba de vez en cuando...

—Era un ídolo, al que consideraste necesario destruir —le tuteó Phoebe.

—Al destruir la estatua, pensé en usted, pero más en los otros, en quienes se aprovechaban de su prestigio y de su personalidad, para imponer la ley a su gusto en Marston Calder. Ellos, los sacerdotes de ese falso culto a un héroe que no lo fue, a un hombre que en Thunder Gulch consideró más necesario correr en busca de un escondite para su dinero, que combatir a los nordistas. Y como en aquella acción, el enemigo se retiró, por la doble razón de que tenía la guerra prácticamente ganada y que no quería entrar en un lugar donde podía sufrir una emboscada, el general se atribuyó la victoria, debida a las órdenes emitidas previamente. No hubo apenas combate formal en Thunder Gulch, y sí un cambio de dirección en el avance de las tropas nordistas, las que, a trueque de dar un gran rodeo, evitaron el paso por el desfiladero. Y, mientras tanto, el general escondía su dinero en Capitol Hill.

—Ha averiguado usted muchas cosas sobre esa batalla —dijo Clubagh, con claro acento de despecho.

—Están los partes oficiales del comandante nordista, y también las relaciones de bajas, habidas en aquel encuentro: un muerto y seis heridos de diversa consideración. Esos documentos se conservan en Washington, y yo los he leído. El muerto y los heridos pertenecían a la patrulla exploradora que se encontró con otra análoga de la Brigada Marston. Ese fue todo el combate de Thunder Gulch —concluyó Pevney tajantemente.

CAPÍTULO XV

—Para un Sur derrotado, mitificado por sus propios partidarios, rodeado de una aureola de romanticismo más o menos legítimo, cualquier cosa que denigrase al Norte vencedor, resultaba justificada. Por tanto, si las tropas nordistas no habían pasado por Thunder Gulch, ¿por qué no convertir su movimiento táctico en una derrota? —siguió el forastero, pasados unos instantes—. Máxime cuando la «batalla» tuvo lugar muy lejos de aquí, y la Brigada Marston depuso las armas casi en el propio Thunder Gulch.

»Marston Calder era entonces un villorrio de pocos habitantes. Ni una docena de hombres fueron a la guerra, de los que cinco o seis constituían la escolta personal del general. Durante los primeros años de la paz, nadie mencionó siquiera el nombre de Thunder Gulch. Solo andando el tiempo, empezó a hablarse de ese lugar, y la fantasía de algunos, estimulada, es cierto, por el propio general, dio origen a una «batalla» que no constaren ningún archivo oficial. Era también, por otra parte, un buen pretexto para ocultar la desaparición del dinero confiado a la custodia del general. Parte de ese dinero, por supuesto, se empleó para edificar esta casa. Daría algunos cientos a sus fieles más inmediatos, y el resto se lo quedó él, escondido en alguna parte, un secreto que solo debía de conocer su propia hija. Usted, Phoebe Marston.

Clubagh se volvió hacia la anciana.

—¿Dónde lo ha tenido escondido durante tantos años? —gritó.

Phoebe sonreía.

—Es curioso —dijo—. Ni la edad hace sensatas y juiciosas a las personas. Yo confiaba en este vil individuo....

—Y en su hija, la otra Phoebe.

—¿Hablaban de mí?

Edna lanzó un grito. Phoebe, vestida con una ajustadísima blusa sin mangas, de color negro, como los pantalones que usaba, acababa de aparecer en aquel momento.

—Sí, hablaba de ti —confirmó la anciana.

—¿A quién más les ha dicho que él es mi padre? —preguntó

Phoebe Talmadge.

—Hasta ahora solo lo saben los presentes.

Phoebe miró de soslayo al forastero.

—Tengo la impresión de que usted lo sabía ya —dijo.

—Esta madrugada, usted y Clubagh estuvieron conferenciando. Sin duda —opinó Pevney—, planeaban la forma de llevarse el dinero.

—Nos ha espiado —rezongó Clubagh.

—Lo admito —contestó el joven, impávido.

—¡Pero aún no sabemos dónde escondió usted el dinero, señora Marston! —exclamó Edna impulsivamente.

Una extraña sonrisa apareció en los labios de la anciana.

—Algunas de las columnas del porche son huecas. Mi padre las hizo construir así especialmente —contestó.

Clubagh lanzó una imprecación.

—¡Grosero! —le apostrofó la anciana—. Date cuenta de que hay damas delante, y no lo digo precisamente por esa zorra de mi biznieta.

Phoebe Marston miró al joven.

—¿Sabes? Casi me alegro de que el dinero haya volado por los aires. Sí, tenías razón, era del pueblo y ha vuelto al pueblo —dijo.

Pevney se inclinó.

—Celebro que se lo tome así, señora —contesté galantemente.

—Quizá estaba demasiado obsesionada por ese tesoro. No quería que se supiera la verdadera historia...

—Pero ¿por qué lo escondía en la estatua?

Phoebe miró a Clubagh.

—Él me convenció de que era el mejor escondite —respondió—. Y luego, un día, con esa pájara que está frente a mí, habrían volado, llevándose dieciocho mil monedas de cincuenta dólares.

—Kim, ¿cómo ha averiguado tantas cosas? —quiso saber Phoebe Talmadge.

—Murió un amigo mío —contestó el forastero tristemente—. Alguien tenía escrita toda la historia, dictada por quien no tenía pruebas, y la escondió en un libro, que no estaba en su casa el día en que se quemó con él dentro. A Ben Hall le contó la verdadera historia Frank Neale, cuyo abuelo era el segundo comandante de la Brigada Marston. Pero Neale solo podía alegar sus recuerdos; y los

relatos de un hombre que murió hace tiempo, no podían ser admitidos como prueba. Sin embargo, podían ser presentados como notas marginales, que coinciden en gran parte con la verdad oficial, aparte de que se expresaba la opinión del coronel Neale. Wareton tuvo que esperar a que Hall y Neale terminasen de redactar la historia, y en el intervalo fue asesinado.

»Hall murió a continuación, y también Crown, su amigo íntimo, que conocía igualmente la historia, así como también el escondite de *El paraíso perdido*, una edición del siglo pasado y que Hall había llevado a prevención a Placid Bend, el mismo día de su muerte. Las notas del relato estaban escondidas entre el cuero y el forro de la encuadernación del libro, incluyendo algunos documentos personales del coronel Neale, que hacen alusión a Thunder Gulch. Era tan famoso el general Marston, que sentí la tentación de escribir una historia auténtica de su vida —explicó Pevney—. Entonces fue cuando en Washington, en los archivos, encontré los primeros datos que me hicieron sospechar que la historia conocida hasta ahora era falsa.

—Y lo es —exclamó Edna con gran vehemencia.

—A mí poco me importa ya —suspiró Phoebe—. No viviré demasiado tiempo.

—Puede que alguno de los presentes tenga que decir lo mismo —dijo Pevney, mirando a Clubagh de reojo.

* * *

Clubagh se irguió, muy tieso y despectivo.

—No hay ninguna prueba contra mí —exclamó.

—Está la pistola con la que disparó usted contra Boone, cuando se dio cuenta de que podía hablar y perjudicarle —manifestó Pevney serenamente—. Usted entregó esa pistola a Botts o a Anders, para que montasen la trampa que llevó a Danny Harding a la muerte. Y todo el mundo, créame, sabe en Marston Calder que Danny no había usado en su vida un arma de ese tipo. Ni siquiera la poseía.

«Pero aún hay más. Usted y su hija, bajo la apariencia de continuar dominando la ciudad, aunque ella simulaba detestar hasta el nombre de Marston, buscaban solamente el dinero del general.

Botts y Anders colaboraban con ustedes dos, cometiendo crímenes, apoyados en su cargo y el uniforme que visten: Hall, Crown, Chloe Corbett, la muchacha que podía probar la coartada del pobre Danny... Era preciso derrotar a los Harding, quienes también luchaban por conseguir el dominio de la ciudad. La muerte de Danny, acusado de un crimen que no había cometido, podía representar un duro golpe para ellos. Pero a ustedes no les interesaba ya el poder, sino el dinero, y si Danny murió, en realidad fue para que un crimen cometido quedara impune.

—Botts y Anders se ocupaban de aterrorizar a la gente que sabía algo: Budder, Mac Coutnand, Pete Marlin... Una pareja de estúpidos, tontos adoradores de la memoria del general, que no podía ser derribado de su pedestal, porque las fiestas anuales hubieran sufrido un duro golpe... Eso es lo que a ellos se les dijo, pero estas fiestas, con o sin general, tienen ya el suficiente prestigio para seguir adelante, sin falsas historias.

—Sabe usted demasiado —dijo el jefe Botts, entrando de pronto en la habitación—. Es una lástima que dentro de unos minutos tengamos que disparar contra usted, porque se escapará después de que lo hayamos arrestado por el asesinato de Chloe Corbett. Y a esa chica que le acompaña, también le pasará lo mismo.

Edna lanzó un gemido. Pevney se mantuvo impasible.

—¿Qué pruebas presentará contra mí, jefe Botts? —preguntó.

—El arma homicida. Está en la guantera de su coche. Es la que se empleó para disparar contra Boone.

Anders sonreía en la entrada, con su revólver en la mano.

—Botts, creo que usted no arrestará al señor Pevney —sonó de pronto la voz de Harding—. Le he visto colocar esa pistola en el lugar indicado. Y no he sido yo solo, sino también otros testigos, escondidos en lugar adecuado, a petición del señor Pevney.

Botts y Anders se volvieron velozmente, atónitos por lo que acababan de escuchar. Harding añadió:

—Les presento al capitán Muhlane, de la policía del Estado. Se encontraba junto a mí cuando ustedes colocaron esa pistola en el coche del señor Pevney.

—Lo he oído todo —declaró Muhlane.

Hubo un momento de silencio. Pevney examinó los rostros de los presentes.

Clubagh parecía a punto de desmayarse. Phoebe Talmadge estaba lívida de rabia.

A Botts y Anders se les veía aterrados. Parecía como si el mundo entero fuese a caerles encima.

De repente, Clubagh, reaccionando de un modo insólito, saltó hacia adelante.

—¡Tom, dame tu revólver! Phoebe, nos iremos de aquí...

Clubagh agarró el arma, pero Anders, maquinalmente, se resistió a entregarla.

De pronto sonó un estampido.

Clubagh se tambaleó. Había una mancha roja en su pecho, que se agrandaba con rapidez.

Phoebe Marston cerró los ojos. Al ver caer a su padre, la otra Phoebe murmuró:

—Esto es el fin.

Abyectamente, invadido por un pánico horrible, Botts levantó las manos. Anders permanecía petrificado, como ajeno a cuanto le rodeaba.

—Me entrego —gimió—. Lo diré todo...

Pevney agarró una de las manos de Edna. Había un hombre agonizando en el suelo y no era agradable verlo, pero la muchacha se sintió infinitamente aliviada.

Más tarde, Pevney se despidió de la anciana.

—Siento de veras lo ocurrido —dijo—. Hubiera esperado unos años a publicar la historia, pero las circunstancias me obligaron a investigar a fondo. En lugar de usar la diplomacia, prefirieron emplear la fuerza, y empezaron por mi amigo Wareton.

Phoebe asintió.

—Todo ha sido consecuencia de vivir en la mentira —musitó—. Clubagh me convencía de que el mejor sitio para esconder el oro era la estatua del general, ya que nadie lo debía hallar nunca, puesto que, de lo contrario, su memoria se vería infamada. Pero lo que quería era conseguirlo algún día, puesto que desconocían su escondite en Capitol Hill.

Pevney se inclinó y besó la mano de Phoebe. Luego salió al jardín.

Edna charlaba con Harding. El hombre estrechó la mano de Pevney.

—Gracias —dijo—. Ha destruido usted un mito, pero lo más importante de todo es que los asesinos de mi hijo serán castigados.

Pevney volvió los ojos hacia el coche deportivo de color rojo, que su dueño ya no usaría.

—Otras personas inocentes murieron también asesinadas —murmuró pesarosamente—. Era demasiada presión, y la caldera tenía que explotar un día u otro.

—Si necesita algo de mí, disponga —se despidió Harding.

Pevney y Edna quedaron a solas.

—¿Los avisaste tú? —preguntó ella.

—Sí. Estimaba conveniente su presencia. Y también la del capitán Muhlane. A fin de cuentas, dos representantes de la ley se habían convertido en asesinos.

—Comprendo. Kim, ¿qué pasará ahora? Harding se apoderará de la ciudad...

—Si la gente sabe asimilar bien la lección, no lo conseguirá. En todo caso, creo que no es cuenta mía. Ni tuya.

—Oye, yo vivo aquí... aunque claro, tú te irás pronto. ¿No es verdad?

Pevney sonrió enigmáticamente.

—Si tienes la bondad de aguardar veinticuatro horas, recibirás cumplida respuesta a esa pregunta —dijo.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, vestido con su mejor traje y con un enorme ramo de flores en la mano, se detuvo ante la puerta de la casa, y tocó el timbre.

Un hombre de mediana edad y rostro agradable abrió a los pocos instantes.

—¿Señor Gilligan? —preguntó el forastero.

—Sí, yo mismo.

—Soy Kim Pevney. ¿Cómo está usted, señor Gilligan?

—Ah, encantado... Edna nos ha hablado mucho de usted... Mabel, por favor, ven, quiero presentarte al señor Pevney.

La señora Gilligan compareció a los pocos instantes, y saludó al joven con gestos llenos de afecto. Su esposo volvió a hablar:

—Y bien, muchacho, ¿tiene que decirnos algo?

—Sí, señor. Señor Gilligan, señora, tengo el honor de pedirles la

mano de su hija Edna. Naturalmente, para casarme con ella.

Hubo un momento de silencio. Pevney se sentía escrutado minuciosamente por los padres de Edna.

De pronto, Mabel hizo una seña a su esposo. Los dos se retiraron a un rincón de la sala, y cuchichearon algo que Pevney no podía oír.

Con el rabillo del ojo, Pevney vio a Edna en lo alto de la escalera que conducía a las habitaciones superiores. La muchacha le guiñó un ojo.

De pronto, el señor y la señora Gilligan volvieron junto al visitante. El señor Gilligan miró fijamente a Pevney durante unos instantes.

Carraspeó para aclararse la voz. Luego preguntó:

—Y bien, muchacho, ¿con qué medios cuentas para mantener a tu futura esposa?

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España